

CHILE

PÁGINAS DE SANGRE

DE LA

REVOLUCIÓN DE 1891

CARLOS GAEZA YÁVAR

Capitán Ayudante del Ejército Leal



ASESINATO
DEL MINISTRO DE REL. EXT. D. M. M. ALDUNATE
Y DE LOS
COMANDANTES VILLOTA Y GARIN



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455.

1894

BIB 181577

DEDICATORIA

A la Sra. Elena Larrain de Aldunate.

Señora:

Desconocido para Vd., débole, sinembargo, la espresión sincera de mi adhesión sin límites.

Llora Vd. aun la pérdida del esposo, villanamente asesinado por los directores de la infame Revolución de 1891. Desde el ostracismo, en que se sienten mas vivas las desgracias de la patria, también lloro yo la pérdida del noble Ministro, del cumplido caballero, del digno gefe i del amigo.

Como capitán-ayudante y compañero de sus horas de prueba, espreso la verdad; pero la verdad sin disfraces ni alteraciones, verdad de soldado de los que supieron comprender en Chile los deberes del honor militar.

Los grandes crímenes no quedan jamás ocultos. Tarde ó temprano se reconstruye su escena con la lójica inflexible de los hechos ó el inexorable testimonio de la Historia.

El criminal niega los hechos ó los falsifica, i cree que el tiempo borra las huellas de su crimen; pero, una casualidad, una escavación, ó la existencia de algún ser olvidado, ponen amenudo, á la justicia vengadora, sobre el cuerpo irrefragable del delito.

Escribo estas páginas para la Historia, pero á Vd. las dedico. Crea Vd., Señora, que son expresión exacta de lo que ví, y estime como falso lo que las contradiga.

Perdóneme Vd. si con ellas voy á atormentar aun su corazón adolorido. En los rigores de su infortunio, tenga Vd. la resignación de su alma cristiana; y cuando sus hijos sean hombres, llevarán con orgullo el nombre de su padre.

Soi humildemente de Vd. att. i S. S.

CÁRLOS BAEZA YÁVAR

Buenos Aires, Marzo 10 de 1894.



I

INTRODUCCION

Uno de los episodios más lúgubres de la Revolución de Chile, que permanece hasta ahora desconocido, apesar de que se relaciona directamente con la historia del alevoso asesinato del ilustre ciudadano don Manuel María Aldunate, Ministro de Relaciones Exteriores del Exmo. Sr. Balmaceda, es el viaje emprendido por éste, desde la Serena, para compartir con sus colegas del Ministerio, la dirección i las responsabilidades de los sucesos que tuvieron lugar á fines de Agosto de 1891.

I decimos que estos hechos permanecen en la oscuridad i en el misterio, porque los autores i fautores del sangriento drama de la Revolución no han podido dar todavía una esplicación satisfactoria del modo i forma cómo fueron ultimados, en la tarde del día 5 de Setiembre de 1891, el Sr. Aldunate i su ayudante de campo, teniente-coronel don Caupolicán Villota.

El que esto escribe acompañaba al Sr. Ministro en el carácter de Ayudante i Secretario,

hasta el momento mismo en que, con el Comandante Villota, fueron conducidos al sitio del sacrificio, i escapó milagrosamente de ser también una víctima de aquel atroz suceso.

Crée, pues, el suscrito, hacer obra útil á la futura reconstrucción de la sangrienta escena, narrando con severa exactitud i como testigo presencial, el viaje del Sr Aldunate desde la Serena hasta la Calera.

En el ostracismo, esta tarea será grata á mi patriotismo de chileno i á mi corazón de amigo, ya que, dicho sea para baldón i vergüenza de los que hoi ocupan elevados puestos en la Administración de Chile, los responsables de tan odioso asesinato se cobijan en la Moneda! . . .

Iniciada la Revolución el 7 de Enero de 1891 con el levantamiento de la Escuadra bajo el mando del oscuro capitán Montt, contra el gobierno liberal i progresista del Sr. Balmaceda, hubo necesidad de formar, en varios puntos de la República, grandes cuerpos de ejército para combatirla.

La 5^a. división, «Coquimbo», fuerte de doce mil hombres de las tres armas, estaba compuesta de lo más escojido i bizarro del total del Ejército; el magnífico pié de instrucción en que se encontraba, su disciplina i, sobre todo, su reconocida lealtad i entusiasmo, inspiraba confianza en el triunfo, en caso de un probable desembarco del ejército insurgente en su avance hácia el sur.

A los pocos meses de haberse dado principio á las operaciones, el Gobierno envió á la citada provincia de Coquimbo, al Sr. Aldunate, en el carácter de representante directo del Ejecutivo, para la resolución i adopción de cualquiera medida de importancia. Se procedió así, en vista de la dificultad de la comunicación por tierra entre Santiago i Co-

quimbo, porque la costa estaba asediada por la escuadra revolucionaria.

Este acertado nombramiento fué recibido en Coquimbo con general alegría i confianza; pues el entusiasta i jóven Ministro se había siempre espedido con brillo en el desempeño de los delicados puestos que ocupara i, en el último tiempo, se había adelantado á las esperanzas que en él se abrigaba, movilizandó con rara actividad innumerables cuerpos.

En efecto, en la hermosa división que se creía llamada á definir la contienda, tuvo el Sr. Aldunate ancho campo para lucir su clara inteligencia, sagacidad i un gran espíritu militar, resolviendo con prontitud las cuestiones mas difíciles de la guerra.

Su conducta siempre altiva i caballerezca, su carácter afable i bondadoso, su fisonomía franca i distinguida le atraían estimación i generales simpatías, así como su acendrado patriotismo, su honradez acrisolada i su valor á toda prueba le atraían el respeto i admiración de cuantos le conocieron.

Cuando el tremendo mónstruo de la Revolución, que todavía no había apagado su ardiente sed de sangre i de odio en la mas inicua de las traiciones que registra la historia de las guerras; cuando al lejano rumor del combate, que confundía los ayes i estertores de la agonía con el silbido del plomo i el estruendo de la metralla, sucedía el espantoso silencio de la muerte, segando á tantos héroes que no ambicionaban sinó gloria, honor i prosperidad para su patria; cuando por el increíble i vergonzoso saqueo de honrados hogares, jemían en desesperante miseria veinte mil familias; cuando estos horrores se sucedían i los espíritus atribulados buscaban, lamen-

tando las desgracias de la patria, un poco de paz i sociogo, el monstruo revolucionario, insaciable, sacrificaba en las aras malditas del odio la vida inocente i jenerosa del nobilísimo Ministro, Sr. Aldunate, i la de los esforzados i leales comandantes Villota i Luis Alberto Garín.

Si estas líneas, espresión sincera de la verdad, sirvieran siquiera para confundir á los execrables asesinos de tan invictos ciudadanos, me sentiría satisfecho, creyendo pagar, así, débil homenaje á la memoria querida del ilustre jefe que me honró con su cariño i confianza i á la de sus dignos compañeros.

La revolución de Chile, la más criminal de las revoluciones, está llena de estos episodios sangrientos, que no fueron tanto la obra de los militares i de los sicarios como la obra de los planes i consignas de los que, con el oro i el agua bendita, hicieron la revolución desde el escondite de las Legaciones i las cámaras del *Blanco Encalada*.

Así se esplica que no se haya podido intentar **un solo proceso** sobre hechos tan abominables i reprobados por los sentimientos de humanidad i las leyes de la guerra en todos los paises cultos.

Los asesinatos de Méndez i Ruminót, después de la batalla de Pozo Almonte; del coronel Robles, herido, en una ambulancia; de Waidalle en Concón, después de prisionero; de Pinto Agüero, en la ambulancia de Viña del Mar; de León Lavín, en la prisión i de Sanfuéntes, en el destierro; de los heroicos generales Barbosa i Alcérreca, **después** de la batalla de Placilla; i los del Ministro Aldunate i comandantes Villota i Garín, no representan sinó

un programa trunco de los que, en el desborde que ha llevado al país sobre la sima, concibieron el saqueo de Santiago i Valparaíso, la destrucción de las propiedades rurales de los adversarios i la muerte de todos los Jefes superiores del Ejército Leal, así como la de los principales estadistas que, huyendo del país ó asilados en las Legaciones, escaparon al puñal de los asesinos.

La Historia, para la cual escribo estas páginas, reconstruirá las exenas de esos crímenes y marcará con el oprobio la frente de sus perpetradores.

II

División de Coquimbo—El Ministro Aldunate en campaña—Noticia del desembarco en Quintéros—Marcha entusiasta al sur—Se agregan dos regimientos de caballería en Illapel—Noticias de Concón—En los Vilos—En Puyally—Detención en Catapilcô—Intenciones del Ministro i de Garín—En busca de noticias—Dos jinetes en la oscuridad—Con el revólver al pecho—De vuelta, con dos prisioneros ante el Ministro—Se anuncia la batalla de Placilla—Temores del Ministro por la presencia de Joaquin Walker M. en la Calera—El Ministro acuerda la deposición i entrega de las armas, al amparo del honor militar—Stéphan i Almarza no creen en el honor militar de los vencedores—El Ministro contiene el desbande—Ordena á Garín marchar á Quillota i hacer entrega de la División—Pide garantías en nota al General Baquedano—Las pide á Canto, solicitando envío de encargados para recibirle el armamento—Ultima carta para la esposa.

El 20 de Agosto, á las ocho de la mañana, llegó á la Serena la noticia de que la escuadra revolucionaria hacía el desembarco de sus huestes en Quinteros. Esta noticia nos causó gran decepción, porque creíamos que nuestra aguerrida i entusiasta división habría de decidir la suerte de las armas en lucha.

Inmediatamente el Ministro puso un telegrama al Presidente Balmaceda, anunciándole que emprendería viaje el mismo día, acompañado de sus ayudantes, para compartir con él los azares de la cam-

pañá. En efecto, nos trasladamos á Coquimbo, en donde debíamos procurar embarcarnos en el buque de guerra norte-americano *Melphómene*, para llegar, por mar i á tiempo, al teatro de operaciones.

Pero el Almirante había recibido órden de evitar todo acto que pudiera implicar el quebrantamiento de la neutralidad, i no estando fijado para ese día su partida al sur, se escusó de satisfacer el deseo del Sr. Aldunate de conducirnos á Valparaíso.

Este no desmayó, sinembargo, en su propósito de trasladarse al sur i dispuso hacer su viaje por tierra i á marchas forzadas.

El día 21 de Agosto, después de una entusiasta despedida que se le hizo por el ejército en el Campamento del Húzares de Coquimbo, tomamos un tren especial que nos trasladó á Ovalle.

Eramos solo el Sr. Aldunate, Villota i yo, sin que nos acompañara ni un solo ordenanza. Contábamos con la seguridad i adhesión del pueblo.

Desde Ovalle galopamos sin cesar, hasta llegar á Combarbalá al amanecer del día siguiente.

Sin que nos procuráramos el menor descanso, nos disponíamos á continuar nuestro viaje, cuando el Ministro recibió un telegrama del General Gana en que le daba noticia de la batalla de Concón; pero sin agregar pormenores de ésta. También le comunicaba que el Gobierno hacía preparativos para empeñar un combate decisivo.

Casi simultáneamente recibió otro telegrama del coronel Carvallo Orrego, Comandante en Jefe de las fuerzas de Coquimbo, comunicándole que el Gobierno había mandado incorporar á la División de

Santiago una división de caballería, compuesta de los regimientos Húzares de Santiago i Húzares de Coquimbo, mandados, respectivamente, por los jóvenes i leales Comandantes Stephan i Almarza. Agregaba que la resolución del Gobierno era que el Ministro esperara estas fuerzas para que se pusiera á la cabeza de ellas i marcharan juntas al centro de operaciones militares.

El Ministro, en vista de esto, se dirijió conmigo á la Gobernación de Combarbalá i, de acuerdo con el Gobernador, sacó de la Tesorería **Diez mil pesos** para sufragar los gastos que pudiera ocasionar la marcha de la División.

Esperamos dos días en Combarbalá; al tercero nos trasladamos á Illapel, donde debíamos reunirnos con la división de Caballería.

En efecto, en Illapel tuvimos ocasión de contemplar este magnífico contingente para el Gobierno. Se componía de **1.100 hombres**, perfectamente armados i equipados i con buenos caballos de repuesto. Se revelaba en sus bronceados semblantes i su entusiasmo guerrero la firme resolución de morir ó salvar la patria, amenazada de muerte.

Al mismo tiempo, los jefes i oficiales demostraban la confianza que les inspiraba el esperto i jóven Ministro.

Los otros jefes de esta caballería eran los Comandantes Luis A. Garín, Videla i los sargentos mayores Oyarzún, Benzán, Yávar i Fuénten. Venían también, formando parte de esta división, distinguidos partidarios de la Serena, que ingresaron á nuestro Estado Mayor. Entre ellos estaban el entusiasta ciudadano don José L. Santelices i el distinguido liberal, ex-diputado i Coronel de Guardias Nacionales don Wenceslao Varela, i varios otros.

Después de una corta i brillante arenga, el señor Aldunate se puso á la cabeza de la columna, i emprendimos la marcha.

El Sr. Aldunate se adelantaba con su Estado Mayor cuando lo creía conveniente, para disponer personalmente el alojamiento i *rancho* de la tropa.

En los Vilos recibió una comunicación, que creemos haya sido supuesta, en que se le decía que no apurara la marcha de la División, porque se estaba formando una línea de defensa en Quillota, de la cual deberíamos formar parte.

Sin embargo, para ganar tiempo, seguimos avanzando, hasta llegar el día 26 á Puyally, hacienda perteneciente al caudillo conservador-revolucionario, D. Manuel J. Irarrázabal.

Como quedábamos cerca de la Ligua, nos trasladamos con el Ministro al Telégrafo, con el objeto de obtener noticias que nos dieran luz sobre la marcha de los sucesos i sobre la parte que se nos reservaba en ellos.

Esperamos en vano—el telégrafo había sido cortado!

El caballeroso Sr. Aldunate, cuya delicadeza era estrema, no quizo abusar de la fuerza y esperar la marcha de los acontecimientos en la Hacienda de este señor revolucionario. Decidió trasladarse á Catapilco, fundo perteneciente á don Ruperto Ovalle Vicuña, distinguido partidario del Sr. Balmaceda.

En este punto, el Ministro resolvió detener la División, hasta que llegaran noticias exactas de los sucesos del sur.

Esta órden de esperar que, como soldados, de-

bíamos cumplir, mortificaba el entusiasmo bélico de los nuestros, ansiosos de llegar al peligro abriendo brecha por la retaguardia del enemigo para producir la desorganización en las líneas contrarias i unirnos, en seguida, al ejército del jeneral Barbosa.

El señor Aldunate sustentaba esta idea; pero, su situación era delicadísima—no podía avanzar sin contravenir órdenes superiores ó precipitar, talvéz, las combinaciones estratégicas del Gobierno.

El jóven i bravo comandante Garín propuso al Ministro dar una batida nocturna con quinientos veteranos y retirarse después de una sorpresa en que no habrían de aguardarle grandes pérdidas; pero, por los motivos antedichos, el Ministro no pudo acceder á ello.

Apesar de los chasques ó propios que se mandaron, nada se adelantó en las noticias.

En esta cruel incertidumbre, me confió la arriesgada, pero honrosa comisión de avanzar disfrazado, hasta obtener noticias ciertas.

Siendo yo el más jóven, no daría lugar á muchas sospechas. Me dió algunos cigarros puros habanos por toda arma y me encargó que, si tenía un retrato de militar, también lo llevara.

Al principio no comprendí esto, pero la sagacidad suya lo había previsto todo.

Los cigarros me servirían para *hacerme el amigo*; porque, dadas nuestras costumbres, un cigarro ofrecido á tiempo, desarma la terquedad hasta de las personas mas refractarias al compañerismo. El retrato sería para darme á conocer, si caía en poder de los nuestros.

Esperanzado en que de mi comisión obtendría

buen éxito, partí acompañado solo del asistente del Ministro, y galopando sin cesar, nos sorprendió la noche en la Cuesta del Melón.

La noche era oscurísima, y el asistente, prestando que se sentía enfermo, se negó á seguirme. En vano le supliqué primero y le ordené después, animándolo, y viendo que un individuo poseido así del miedo, de nada me serviría, dejé que desertara.

El silencio pavoroso de la noche, el verme sólo entre montañas i en un terreno que quizás se hallaba en poder del enemigo, me infundía una gran reserva, que bien pudiera traducirse en natural temor; pero, mi anhelo por llenar mi cometido cuanto ántes, obteniendo noticias fidedignas, me impulsaba á seguir resueltamente hácia adelante.

A media noche oí lejano rumor de pisadas de caballos. Detuve la marcha y esperé, para saber si me daban noticias de lo que pasaba abajo de la cuesta, es decir, en la Calera.

Luego aparecieron dos individuos montados en mulas, cubiertos con mantas de soldados y llevando al cinto dos grandes pistolas. Gran trabajo me costo entablar conversación con ellos; me miraban desconfiados y recelosos, hasta que, al fin, acudí á mis cigarros, lo que fué magnífico recurso para volverlos atentos y corteses.

Me dijeron que eran *redotados* y que venían huyendo del enemigo, que había quedado en Calera.

Ganando tiempo, trataba de conducirlos de un modo disimulado al campamento del Ministro. Marchaba contento con mi segura presa, cuando, al llegar á un desecho de la cuesta, se les antojó doblar hácia la izquierda. Creció mi inquietud, porque noté que miraban de un modo bastante codicioso mi caballo, montura, etc.

En vano traté de convencerlos, con la lójica mas

persuasiva, para que me siguieran i de que en el campamento encontrarían dinero, buenos caballos, mejores monturas, comodidad etc.—todo fué inútil.

Pero, un feliz incidente vino á salvarme. Cuando mas desesperado estaba por este contratiempo que tronchaba mis proyectos, sorprendióme un individuo de á caballo, que me interceptaba el paso poniéndome un revólver al pecho.

Después de la primera impresión de sorpresa, comprendí que era un guarda del telégrafo, que tenía orden de no dejar pasar á nadie. Dime á conocer por el procedimiento del retrato; lo llamé aparte, le espliqué mi difícil situación i le insté para que me acompañara, hasta poner mis prisioneros en presencia del Ministro.

Pero, ante todo, debíamos desarmarlos.

Se hizo todo conforme á mis deseos.

En la tarde del mismo día llegué al campamento. El Ministro se paseaba inquieto, porque había sabido, por otro conducto, que el enemigo estaba en la Calera y me creía prisionero; tan pronto me reconoció, fué á mi encuentro, felicitándome por el regreso.

Sometió á estos individuos á un interrogatorio i, aunque confusos, nos dieron á entender que se había librado una gran batalla en que la suerte de las armas había sido fatal para nuestra causa.

Uno de los individuos dijo que el General en Jefe del Ejército, mi querido y malogrado hermano político, don Orozimbo Barbosa, había sido mortalmente herido. Por supuesto que no dimos crédito á esta noticia.

Inmediatamente el Ministro dió orden al Mayor

Fuéntes para que marchara, con cuarenta hombres, hasta la Calera misma y regresara con noticias auténticas.

Por otro camino mandó al capitán Tórres, de Húzares, con veinte hombres, i con la misma comisión.

¡Imposible sería pintar la inquietud i ansiedad que reinaba en el campamento!

En la mañana del día siguiente, esto es, el 2 de Septiembre, regresaron Fuéntes y Tórres, trayendo confirmadas las noticias de los desertores.

Aunque no nos explicábamos, en nuestra fé i conocimiento de soldados, aquella increíble derrota, no podíamos dudar ya de su efectividad, embarcando nuestros ánimos el dolor, al considerar abatida la mas noble i justa de las causas y tronchados nuestros anhelos por servirla en esos mismos terribles instantes.

El Ejército legal y del orden había sido deshecho por las traiciones que todo el mundo conoce i recuerda horrorizado—¡Placilla!

Los jenerales Barbosa i Alcérreca habían sido asesinados y mutilados horriblemente.

El Presidente Balmaceda había dimitido el mando en el jeneral Baquedano.

Por último, la Division de Coquimbo, nuestra esperanza, había depuesto las armas.

En la tremenda confusión de hechos y ante la serie abrumadora de sucesos presentados con tan odioso laconismo, el único que conservaba su serenidad, sin revelar las amarguras de su espíritu, era el Ministro Aldunate.

Para todos tenía palabras de aliento, patriotismo y resignación.

Otro oficial llegó mas tarde trayendo un diario, *El Ferrocarril*, en el que venían consignados, con descaro inaudito, los salvajes pormenores de la batalla y el vergonzoso saqueo del 29 de Agosto.

El mismo oficial daba cuenta que había pasado por la Calera un tren conduciendo á Canto, Holley i Joaquin Walker Martinez, y que preguntaban con insistencia por Aldunate, Almarza y Stéphan.

El señor Aldunate, al saberlo, nos habló manifestando inquietud por la presencia de Joaquin Walker M. en la Calera. . . . ¿Por qué?

¿Sería acaso por que no esperaba de este caballero, apesar de su decisiva influencia en la Junta Revolucionaria, que hubiera de encaminarla á respetar la vida del noble Ministro de Estado que desarmaría sus tropas y entregaría sus armas en la confianza caballerezca de la lealtad y el honor del vencedor?

El Señor Aldunate meditó mucho entónces i su frente anublada se inclinó en silencio—Algo temió visiblemente; pues, al preguntárselo, encojióse de hombros, no contestó, i su semblante demudado manifestaba su secreta inquietud.

El Ministro, sabedor de estos acontecimientos, reunió á todos los jefes i oficiales i les notificó lo sucedido, añadiendo: que «ya que había sido fatal para el Gobierno la suerte de las armas en el Sur y habiéndose tambien sometido la División de Coquimbo, no le quedaba otro camino que una capitulación honrosa, pidiendo garantías, y cumpliendo, así, con la voluntad del Exmo. Señor Balmaceda, para evitar nueva y mayor efusión de sangre.»

El Señor Aldunate pediría garantías para todos; pero el Comandante Stéphan, cuya cabeza había sido puesta á precio por los revolucionarios desde el principio de la campaña, no tuvo confianza en las garantías que pudieran ofrecerle sus enemigos, i marchóse del campamento, á la vez que nuestros correligionarios de la Serena, acompañado de uno ó dos oficiales i de varios individuos de tropa.

No tardó en hacer lo mismo el Comandante Almarza que, desobedeciendo las órdenes del Ministro, se apartó del comando de sus tropas, fundado en las mismas desconfianzas de Stéphan.

A las repetidas instancias de Stéphan, Varela, Santelices i Almarza para que el Ministro abandonara también el campo, respondía el Sr. Aldunate con estas testuales palabras: «No quiero dar pretesto con mi huida á que se me achaque y haga responsable de delitos imaginarios; tengo que rendir cuenta del dinero que existe en mi poder; i, cuando haya entregado con toda regularidad mi División, habré cumplido mi deber como Jefe militar i me presentaré, después, al Congreso para rendir cuenta de mis actos como Ministro de Estado.»

La separación de Stéphan i Almarza del campamento, produjo en el resto de la tropa cierto recelo; i ántes que las noticias del desastre llegaran á ella por otros conductos, el Ministro hizo tocar *tropa*, la que en un momento se encontró formada como para un combate al pié de los balcones de la casa que le servía de habitación.

Presentóse luego el Sr. Aldunate. En su pálido semblante se veía pintada la lucha que debía

sostener consigo mismo al entregar, sin combatir, esa leji3n de bravos i sin que hubieran tenido la ocasi3n de disparar ni un cartucho.

Profundamente emocionado, trat3 de convencer 3 los soldados, en un sentido discurso, para que entregaran sus armas con toda regularidad, probando, de este modo, al mundo civilizado la rigurosa disciplina de aquel glorioso Ej3rcito, vencedor de tantas batallas de una guerra extranjera i ahora sostenedor del 3rden p3blico i del Gobierno constituido.

El espect3culo fu3 conmovedor; los oficiales quebraban sus espadas, lament3ndose como ni3os; i los veteranos de cuyos nobles pechos pend3an gloriosas condecoraciones, abandonaban sus sables i carabinas, diriji3ndoles palabras de dolorosa despedida. Se habr3a dicho que miraban en ellas seres animados i compa3eros de sus anhelos de gloria i de su honor militar.

Solo mediante las firmes i elocuentes palabras del Ministro, que estaba tan emocionado como ellos, fueron depositando las armas con todo 3rden en un lugar que les fu3 designado, evitando con esto un desbande que hubiera podido ser peligros3simo para la pacificaci3n del pa3s.

¡C3mo se pag3 m3s tarde al noble Ministro tama3o sacrificio i tan noble proceder en bien de su patria!

Una vez desarmada la Divisi3n, el Ministro dispuso que el comandante Gar3n marchara al frente de ella i la entregara 3 la nueva autoridad que hubiera en Quillota.

Como Gar3n tuvo que esperar la nota del Mi-

nistro haciendo la deposición de las armas y entrega de la fuerza, despachó la tropa, así desarmada, al mando del Mayor Oyarzún, siguiéndola al día siguiente, al amanecer, para llegar á Quillota al mismo tiempo que la División.

Naturaleza atlética i alma de bravo, Garín, rabioso i resignado, abrazóse de su hermano Abraham i marchó después sereno i sin intimidarse al cumplimiento de este último é ingrato deber.

Más adelante sabremos el sangriento i tristísimo fin de este heroico jóven, cuya lealtad, valor reconocido i distinguidos servicios prestados á la República i acreditados por tres honrosas medallas de la Guerra del Pacífico, le habían conquistado de su país i de sus conciudadanos, justo título para declararle benemérito de la Patria.

Antes que enviáse á Garín con la División, el Ministro me dictó en el comedor una nota para el General Baquedano, encargado del Gobierno Provisorio en Santiago. La nota decía, más ó ménos, lo siguiente: «Que habiendo sido adversa la suerte de las armas al Gobierno Constituido en los últimos combates, i habiendo éste cesado en sus funciones, quería, también, contribuir con su contingente á facilitar la entera pacificación del país, convulsionado por largo tiempo; por tanto: hacía entrega de la División de Caballería de su mando, pidiendo, en compensación, garantías para él i todos los oficiales, con los honores que en las guerras civilizadas se otorga siempre al vencido».

Como no recibiera contestación á esta nota, me dictó, sucesivamente, otras dos para el Coronel

Canto, jefe de las fuerzas revolucionarias, concedidas en los mismos términos que la anterior; pero en la última le significaba, además, «la urgente necesidad de que mandara encargados á recojer el armamento, el cual entregaría personalmente.»

Enseguida nos resignamos á aguardar con avidez á las personas que llegaran á recibirse del armamento, para quedar cuanto ántes desocupados i acudir al amparo de nuestras infortunadas familias.

Hechos los aprestos de entregar las armas, el Ministro despachó á todos los oficiales que aun le acompañaban, para que se reunieran á la tropa. Solo quedamos con él, el Comandante Villota, yo i un asistente de confianza.

Amante esposo, el Sr. Aldunate envió, con el Capitán Jarpa, una tierna carta á su señora esposa; dábale á conocer su situación, pero tranquilizábala en cuanto se relacionaba con su persona. ¡Era la última vez que se comunicaba con la adorada compañera de su vida i con la madre solícita de sus tiernos hijitos!

III

En espera—Se avista, al fin, á los que vienen á recibir el armamento—La bodega sitiada como fortaleza—Fierabrás—Aldunate «*Vivo ó muerto!*» —Lobos hambrientos nos comen—El Ministro entrega el armamento *por si mismo*—Se nos iutima prisión—En marcha, como criminales.

Los días que se sucedieron á éstos fueron eternos. Nos llevábamos haciendo la más tristes reflexiones sobre las desgracias de nuestras familias, saqueadas i enlutadas, i, sobre todo, contristados por las que aflijan á la patria, á la que hubiéramos querido salvar á toda costa de la oprobiosa dominación de la oligarquía revolucionaria.

Para distraer nuestro infortunio i soledad, íbamos contínuamente al fundo de D. Pedro Aldunate, hermano del Ministro, que distaba pocas cuadras de Catapilco.

Por fin, el día 4 de Setiembre, á las once de la mañana, en circunstancias que almorzábamos solamente Villota i yó, pues el Ministro estaba en casa de su hermano, vino un inquilino de la Hacienda á anunciarnos que había divisado gran número de soldados que se dirijían hácia donde estábamos. Como esto era lo que esperábamos, recibimos la no-

ticia con placer i sin que nos causara la menor extrañeza ni alarma.

Villota hacía preparar varios cubiertos para recibir á los encargados de recojer el armamento; pero, á los pocos instantes, nos sorprendió que aparecieran por todos los alrededores de la casa gran número de soldados del 3^o revolucionario. ¿Significaba aquello un sitio que se ponía á un fuerte? ¿Era el ataque de un reducto formidable?

Sin salir de nuestra sorpresa, nos causó mas bien menosprecio tanto ridículo aparato para recibir un armamento relativamente pequeño.

Luego apareció á la puerta de nuestro comedor un capitán, sable en mano i seguido de una gran guardia. Eran como cien hombres, mas ó ménos.

Villota, apénas lo vió, iba á levantarse de su asiento para saludarle y decirle que hacía dos días á que lo esperaba, cuando el capitán, con voz imperiosa, cortóle la frase, ordenándole que se sentara inmediatamente.

Sacó, en seguida, con aparatoso misterio, un largo lápiz de su bolsillo, mirónos de soslayo, puso su sable i revólver sobre la mesa i nos requirió diéramos nuestros nombres!

No encontramos inconveniente para ello, no obstante que nos dejó estupefactos provocación tan inesperada i descortés.

Entretanto, parejas de soldados, bala en boca i con la rapidez con que se ejecutan los grandes asaltos, se situaban en cada puerta i ventana del estrecho aposento.

El protagonista de esta escena teatral preguntó, después, con voz estentorea:

— ¿Dónde está Aldunate?

A lo que Villota contestó:

— «El señor Ministro Aldunate está almorzando

en un fundo aquí cerca», i le indicó la dirección en que se encontraba ese lugar.

El Fierabrás volvióse á un sargento y le ordenó traer al Ministro «¡Vivo ó muerto!!»

Inmediatamente partieron con ese objeto, con toda la velocidad de sus caballos, como treinta hombres.

El tal capitán se llamaba Edmundo Arcillón, infeliz traidor, de aspecto ordinario, con cara de panadero francés, chico, gordo, rucietón i colorado. Después hemos sabido que procedía de los suburbios de Rancagua, patria de sus hazañas y correrías.

Mientras llegaba el Ministro, prodújose una escena que, por su ruindad, no pasará desapercibida.

Junto con el capitán Arcillón, vinieron de la Ligua dos hermanos, paisanos, de apellido Lobos; i, realmente eran lobos hambrientos, porque, aprovechando de lo crítico de nuestra situación, se apoderaron con todo descaro de nuestros sables, revólvers y kepíes.

En vano les suplicó Villota que le dejaran su espada, que tenía para él un valor moral inapreciable, pues que era el único legado de su padre, el coronel Villota, que hizo con brillo la campaña al Perú el año 1838, y que á él mismo le había acompañado en 34 años de servicios militares, habiéndola llevado también en la campaña del Perú i Bolivia en 1879.

Pero ninguna súplica, ningún interés elevado podía conmover aquellos espíritus encallecidos por la inmoralidad y para quienes se presentaba la hora feliz del pillaje y el robo, al amparo y en union de la fuerza pública constitucionalista!

En la impotencia i desesperado por la humillación que sufría, el desgraciado Comandante cayó agobiado en una silla, maldiciendo, con lágrimas en los ojos, su aciaga suerte, que lo ponía á merced de hombres cuyas réprobas naturalezas se habían formado, tal vez, en las cárceles ó el presidio.

En estos momentos llegó el Ministro, rodeado de un gran séquito enemigo y trató de consolar al pobre Comandante con palabras que debían infundirle valor y serenidad en su espíritu abrumado.

Pero apénas se descuidó el Sr. Aldunate, los Lobos dieron, también, rápida cuenta de su espada y de su kepí de coronel; solo conservó consigo su revólver.

Hombre de gran tino y prudencia, comprendió que nada obtendría reprochándoles su indecorosa conducta, y sufrió la afrenta con la estoica resignación de la víctima digna y levantada....

Momentos después, el Sr. Aldunate salió con el capitán Arcillón á hacer la entrega del armamento.

El Ministro **con sus propias manos**, contó las mil i tantas carabinas i otras tantas pistolas i sables.

Sé comprenderá que el Ministro, al imponerse voluntariamente esta fatigosa tarea, quizo asegurarse de lo que entregaba i comprometer, con el testimonio de los presentes, la delicadeza i responsabilidad del oficial en el cuidado del valioso equipo.

Esta operación duró hasta las 6 de la tarde. Fatigado con tan pesado trabajo, invitó después, al Capitán á tomar un poco de agua al comedor, donde estábamos nosotros.

El Ministro se mostró tranquilo y satisfecho por haber ya cumplido su cometido.

Pero, nuevas amarguras le esperaban.

El Capitán le manifestó que — «no solo había venido para llevar el armamento, sinó que tenía orden también de hacerlo prisionero á él y á sus acompañantes.»

Nuestra sorpresa fué extrema.

El Sr. Aldunate alegó su calidad de Ministro de Estado y exigió que se le presentara la orden de prisión—todo fué inútil.

Hubo, pues, el desgraciado Ministro, de resignarse á las imposiciones de la fuerza, i subiendo en nuestros caballos, salimos de Catapilco en calidad de prisioneros, rodeados de soldados y como si fuéramos criminales que buscaban la ocasión de escapar.

Desde la llegada de Arcillón no volvimos á ver á nuestro *asistente*, que probablemente huyó.

Antes de partir de Catapilco, el Sr. Aldunate dejó en el fundo de su hermano D. Pedro varios caballos de fina raza que el Ministro había adquirido, durante su estadía en Coquimbo, con sus recursos personales.

Después de mil peripecias en el camino, llegamos esa noche, como á las 2 de la mañana, á la hacienda de los Nogales, del revolucionario D. Agustín Edwards.

Aquí fuimos recibidos por el Administrador, Sr. R. Aspillaga, y nos alojaron, á los tres juntos, en una misma habitación.

El corredor en que teníamos nuestra pieza estaba lleno de jente armada.

Al día siguiente, 5 de Setiembre, al amanecer, abandonamos los Nogales para dirijirnos á la Calera. En este corto trayecto solo fuimos custodiados por Arcillón, un teniente Steinwall, que se juntó esa mañana en los Nogales con Arcillón, y dos soldados.

A las ocho y media de la mañana llegamos á la Calera.

IV

En Calera—Mis temores—El Ministro me tranquiliza—Se le arranca el dinero, mediante recibo de César Montt—Se exige lo mismo á Villota—Villota suplica para socorrer á su madre y hermanas, sin conseguirlo—El Ministro guardaba cosido bajo la camiseta su dinero particular—Quiere telegrafiar á Santiago y se le impide—El sicario Carlos Valdivieso Tagle, nos conduce á una Escuela Pública y se nos encierra separados, con centine'a de vista—El banquete de la muerte—Se nos reúne de nuevo en un coche con dirección á la Estación—*¡Garín asesinado!*—El Ministro pretende nuevamente telegrafiar, pero se le impide—El clericalismo revolucionario olvida á Cristo y nos befa en nuestra marcha al patíbulo—Un tren! y el angel salvador!—Un pariente del Ministro descende en nuestro auxilio ¡Error!... no escucha!—Me llaman, me empujan, y á la voz «¡Valor capitán!» parto—*¡Se ha salvado! ¡se ha salvado!*—Jefe y amigo... ¡hasta el sepulcro!

Comienza aquí nuestra *via-crucis*.

En la Estación de la Calera había mucha jente decente y del pueblo, la cual aumentaba á cada instante con los muchos trenes que llegaban y partían continuamente.

Aunque es posible que hubiera ahí soldados del Ejército Revolucionario confundidos en la muchedumbre, no divisé otros que los que habían venido custodiándonos.

El modo como me observaban algunos caballeros y demás personas, me hacía sospechar algo muy

grave; pero la tranquilidad de mi Jefe me fortalecía. Talvez comprendiendo mi inquietud, me dijo, para tranquilizarme, en un momento en que nos paseábamos en el corredor de la Estación: «No tenga cuidado mi capitancito: conmigo está Vd. mui seguro; fíjese que soy pariente de Manuel J. Irarrázabal, uno de los jefes de la Revolución; mi hermano Carlos es Ministro de Relaciones Exteriores del nuevo Gobierno, y mi familia cuidará de que no nos molesten y evitará los vejámenes de que hoy somos objeto. Serán remordimientos, mas tarde, para los que nos lo inflingen.»

A medida que trascurría el tiempo, el número de curiosos aumentaba de tal manera, que el gefe de la Estación se compadeció de nuestra mortificante situación de prisioneros asediados por la curiosidad del populacho, y nos hizo entrar á su sala, permaneciendo á la vista de los que nos custodiaban.

Media hora mas tarde, y eran ya como las once A. M., Arcillón entró á la pieza i dijo al Ministro que «de orden del Comandante César Montt, entregara todo el dinero y papeles que tuviera».

Este procedimiento irregular y vejatorio indignó sobremanera al paciente Ministro, y volviéndose hácia Arcillon le dijo, con voz entera: «Diga á su Comandante que de ningún modo permitiré que á los muchos atropellos y vejámenes de que vengo siendo víctima, añada la afrenta de despojarme de los papeles que han de servirme para rendir cuenta de mi conducta al Congreso, único cuerpo llamado por la Constitución á juzgarme».

Avergonzado y mohino quedó Arcillón ante la noble i justa cólera del Ministro; pero no tardó en aparecer, momentos después, con otra «peren-

toria orden de Montt de entregar todo é inmediatamente».

Comprendiendo Aldunate que sería inútil toda resistencia, tratándose de individuos vulgares y atrabiliarios, se dispuso á entregar el dinero y papeles, haciendo ántes en el puño de la camisa un ligero apunte, para recordar las cantidades que había invertido en la marcha de la División. Exigió entónces un recibo, y después de contar, á presencia de Arcillón, los paquetes de billetes y varios cheques, salió éste á comunicarse con César Montt para que firmara el recibo de la cantidad contada.

De los Diez mil pesos que sacó de la Tesorería de Combarbalá, mui poco había gastado, talvez menos de 2000 ps., por cuanto el *rancho*, cuando acampaba la División, era costeado gratuitamente por los vecinos; de modo que hizo entrega, á lo ménos, de Siete mil pesos de fondos fiscales, i mui probablemente de más de 8000.

César Montt no trepidó en dar el recibo, talvez con intención de arrancárselo mas tarde de sus crispadas manos.! En efecto, á poco rato volvió Arcillón y entregó al Ministro una cuartilla de papel en que se contenía el recibo. Aldunate lo leyó, lo dobló en seguida, y poniéndolo en uno de sus bolsillos interiores, hizo á Arcillón la entrega de cuanto tenía.

Arcillón recibió el dinero sin recontarlo y se dirigió después á exigir lo mismo del Comandante Villota.

Esta escena nos conmovió profundamente al Sr. Aldunate y á mí, y aun el mismo Arcillón debió sentirse herido al tener que cumplir, á su pesar, con la orden de César Montt.

Villota tomó de la mano al capitán, lo llevó á luz de una ventana que daba á la Estación y le habló del modo siguiente: «Señor: tengo en mi poder **Mil pesos**, que son el fruto de mis ahorros de varios meses; este escaso dinero lo conservo con todo interes para socorrer á mi anciana y desgraciada madre y dos hermanas, de las cuales soy yo su único sostén. Además, por este diario, (i le mostró «*El Ferrocarril*») sé que estas pobres jentes han sido saqueadas y á estas horas, talvéz, implorarán el socorro público para obtener un pan para comer. Por tal motivo, señor, le pido como hombre, como soldado, en nombre de la humanidad, que me deje este dinero, que es la salvación de estos seres queridos.!»

El oficial se mostró impresionado un momento, pero repuesto de súbito, le dijo que sufría mucho al dar tal paso, pero tenía que cumplir con la orden terminante de su Comandante Montt.

Ante tal respuesta y alentado por el Ministro, Villota enjugó fiero sus lágrimas y arrojó con altivez, á los piés de lCapitán, la cartera que contenía los **mil pesos** que tanto tiempo le había costado para ganar y sin pretender siquiera, que le otorgara el correspondiente recibo.

Arcillón se dirigió, enseguida, hácia mí; pero consideré el mejor sarcasmo adelantarme á recibirlo, y le entregué mi cartera, que solo contenía unos cuantos pesos, porque mi dinero me lo guardaba el Ministro. El oficial, al ver que su contenido no valía la pena de confiscarlo, me la devolvió, sustrayéndome de ella solo dos cartas cerradas que debía entregar en Santiago. Observándole que eran cartas de familia de dos caballeros de la Serena, me contestó— «**No importa; tengo orden de llevarlas.**»

Se retiró en seguida, con su opíparo bagaje, al encuentro de César Montt.

Debo anotar aquí un punto importante y del que nadie ha hecho mención aun. En un momento en que quedamos solos, me acerqué al Sr. Aldunate y le pregunté si conservaba algún dinero, por si caíamos presos, para podernos procurar algún alivio; á lo que me contestó:—«Que más previsior que nosotros, en la noche anterior había cosido en su camiseta de seda el dinero que no pertenecía al Fisco»

El Ministro conservó esa suma. ⁽¹⁾

Solo en esos momentos y á la vista de tan audaces atropellos, debió cruzar por la mente del Ministro alguna sospecha horrible, porque quizo hablar repetidas veces por telégrafo para dar á conocer su azarosa situación—pero **le impidieron hacerlo**.... A su insistencia, ensayada esta vez con tono de súplica á un paisano que ahí escribía y que era, talvez, el mismo telegrafista, salió éste á consultarlo con el grupo de oficiales que rodeaban á César Montt, volviendo á los pocos minutos con esta categórica negativa.—«¡No es posible!»

Tal fué la situación que nos cupo i tales los hechos miéntras permanecemos en la sala demasiado cerrada y, por lo mismo, oscura del jefe de Estación.

Desde la llegada de César Montt y Cárlos Val-

(1) Estamos debidamente autorizados por el coronel D. Ramon Carvallo Orrego, dice el señor Arellano Vecorat, para declarar en su nombre que el íntegro Ministro de Relaciones Exteriores, al partir de la Serena, solo traía para gastos de viaje la suma de *Dos Cientos pesos* que, previa autorizacion, obtuvo de la Tesorería de esa capital.—Como se vé, esto no indica que fuera la única suma que llevara en su poder.

divieso Tagle, que nos había sido advertida por la intimación de Arcillón de entregar todo el dinero y papeles que traíamos, pudimos comprender que el drama se aproximaba. . . .

Aunque Montt y Valdivieso Tagle no habían cruzado con nosotros una sola palabra, enviando aquel, desde afuera, á Arcillón para intimarnos sus vejaciones, alcanzábamos á percibir su voz, imprimiendo á éste una violencia que distaba considerablemente de la casi cordialidad que había gastado con nosotros desde Nogales á la Calera.

Las violencias y ultrajes de Arcillón eran, pues, los ultrajes y violencias ordenados por César Montt, que hasta ese momento, léjos de nosotros, ni nos había visto, ni sabíamos nosotros, desde nuestro oscuro rincón, con quiénes había llegado.

Arcillón, desde que salió á poner en manos de Montt el rico botín arrancado á Aldunate y Villota, dejó de ser nuestro custodia, y talvén no volvimos á verlo.

Pero, á poco rato de su salida, apareció en el dintel de la puerta de nuestra sala el capitán Cárlos Valdivieso Tagle, triste y execrablemente conocido en el resto de esta narración, en cuyo insolente ademán advertimos que no podríamos hallar en él más consideraciones que en nuestro guardia anterior.

Nos intimó seguirlo fuera de la Estación, en cuyo andén vimos, al salir, á César Montt rodeado de varios oficiales que nos miraban con ceño siniestro; y nos condujo á la Escuela Pública, no mui distante de ahí, y cuya Escuela servía de cuartel á una parte del 3° revolucionario.

Al entrar Valdivieso Tagle con nosotros al cuartel, habló al oído con un jefe, tras de lo cual pusieron al Ministro en una pieza, con centinela de vista.

Lo mismo hicieron con Villota en otra pieza al frente.

Ambas habitaciones estaban completamente vacías y con solo un banquito de madera para sentarse.

En vano pidió Aldunate que suspendieran esa inútil vigilancia, arguyendo que él no podía ni quería huir; puesto que, pudiendo haberlo hecho, esperó voluntariamente á los oficiales que se mandó en su busca.—Todo inútil!

En cuanto á mí, como no había otra pieza desocupada é inmediata á la del Ministro, me llevaron, atravesando patios, al cuerpo de guardia, donde me dejaron con un centinela de vista y confundido con aquellos soldados cuyos sables y bayonetas humeaban todavía con la sangre de sus hermanos.

¡Qué no habría dado por permanecer al lado del Sr. Aldunate! Juntos habíamos sufrido nuestro martirio, i me habría consolado con el aliento i entereza patriótica de su grande espíritu. . . .!

Una hora después, vino donde yo estaba un mozo de hotel trayéndome un almuerzo abundante. Apesar de que hacía cerca de dos días á que no comía, no pude probar nada i lo repartí á los soldados de la guardia, que habían formado un círculo de hambrientos al rededor del banquete que se me servía, principiando por el centinela, á quien ofrecí un vaso de vino.

Estos soldados, infelices instrumentos de la codicia de sus jefes, me cobraron cariño desde el primer momento i llegaron hasta ofrecerme libros de la Escuela i un Lector Americano, que casi lo aprendí de memoria; pues trataba de distraerme i dese-

char, con su lectura, la cruel pesadilla de mis lúgubres presentimientos. . . .

Como á las dos de la tarde, sentí gran movimiento en el cuartel, i dirijiéndose á mí un oficial de cútis negro, flaco i adusto á quien acompañaban **ocho soldados**, me ordenó, con voz bastante dura, que le siguiera.

Creí llegado mi último momento; pero, con gran sorpresa i alegría, ví que me esperaba en la puerta un carruaje pintado de colorado, de los que hacen el servicio en Quillota i en el cual ya ocupaban los asientos de atrás Aldunate i Villota; yo ocupé asiento en la parte de adelante, al lado de Valdivieso Tagle, que me aguardaba.

Nos dirijimos nuevamente á la Estación.

En el trayecto, el Ministro preguntó con mucho interés á Valdivieso por el Comandante Garín, á quien había mandado con la **tropa desarmada** á Quillota; á lo que Valdivieso contestó con estas fatídicas palabras que todavía vibran en mis oídos:

—«¡Ah! ese bandido ya pagó, como debía pagar, sus crímenes!»

El Ministro se echó hácia atrás del carruaje, poniéndose pálido; porque comprendió, aunque tarde, todo el cinismo i villanía de intención que encerraban las palabras del ensangrentado sicario. . . .

Villota se puso inconocible; tal fué el efecto de su dolor, su angustia i su impotencia al saber la triste suerte de su compañero.

Lo que pasó por mí no lo podría describir; yo era el mas acobardado, talvéz porque veía las cosas mas claramente.

Desde este momento no nos quedó ya la menor duda de que íbamos á correr la misma suerte horrible de Garín. . . .

Llegados á la Estación, la muchedumbre agolpada prorrumpió, al vernos, en murmullos indefinibles i estraños.

Noté que algunas personas nos miraban con odio; pero la mayor parte lo hacían con grandes muestras de conmiseración, lo cual más nos alarmaba.

Nuevamente el Ministro pretendió, entónces, en repetidas veces, hablar por telégrafo con sus deudos de Santiago; pero se lo negaron resueltamente.

A toda costa intentó también comunicarse con alguien á quien dar á comprender, por lo ménos con señas, nuestra aflictiva situación; pero estábamos rodeados de centinelas, i fué imposible.

Desesperando de nuestra suerte, nos paseábamos dentro del cerco que nos hacía la guardia, buscando con los ojos una persona amiga, cuando nos sorprendió una voz cavernosa que partía de un grupo de oficiales que, sentados en estravagante actitud sobre unos cajones que había en el andén, nos miraban sin cesar con espresión burlesca é insolente. Toda la gente miró hácia ese lado, y oímos que uno de ellos decía en voz alta:

— «¡Vea! sargento!... Cómo permite que esos bandidos se paséen, en vez de ponerlos ahí arrinconados! ¡Hágalos sentarse!!»

Hubimos de hacerlo los tres en un pequeño banco que había debajo de un buzón pintado de verde, i era tan poca la altura que, al sentarnos, tuvimos que estar con la cabeza inclinada i como si sintiéramos el yugo de la opresión en el cuello.

Esta nueva i mas humillante órden partía del execrable Carlos Valdivieso Tagle, el cual no parecía satisfecho todavía con habernos leído de viva voz, momentos ántes, en el carruaje, nuestra sentencia de muerte. . . .!

Como á las tres i media de la tarde llegó un tren especial, con lo que se produjo un gran movimiento en la Estación.

Entre los pasajeros bajó un teniente revolucionario—el Ministro lo reconoció al momento: era su cuñado ó pariente muy cercano de su esposa. Lo llamó i quiso hablarle para que hiciera saber á alguna persona respetable la situación extrema en que se encontraba; pero el oficial, pasando con rapidez al frente del Ministro i balbuceando palabras mudas, no quiso ó tuvo miedo de oírle, i se retiró. . . . Error! tampoco escucha!....

Con él perdimos la última esperanza de hacer saber el peligro evidente que corríamos, i que era la última tabla de salvación del naufragio que vé aproximarse inevitablemente la hora fatídica de la muerte.

Los momentos eran aciagos. Cada uno de nosotros temíamos un próximo i fatal desenlace; pero no nos atrevíamos á comunicarnos siquiera nuestros mutuos temores!

En estos instantes supremos se orijinó una gran discusión entre los oficiales, cuyos murmullos extraños i vivos llegaban á nuestros oídos con la expresión de un choque en que las voces de César Montt i Valdivieso Tagle descollaban sobre las de los demás. Luego oí, con gran sorpresa, que me llamaban por mi propio nombre.

Sonó el pito del tren, i de nuevo me llamaron con urgencia diversas voces que partían de los oficiales que subían al tren.

Volví entónces los ojos hácia el Ministro, que me insinuó con viveza.

—«¡Valor, Capitán!»

Quise abrazarme de él i despedirme; pero me empujaron hasta el tren, que ya se ponía en marcha.

Al subir de salto al carro empujado por el teniente Hurtado Larraín, me rodearon muchos oficiales, entre los que reconocí solo al Comandante Elgueta, quienes exclamaban:

—«¡Se ha salvado! . . . ¡Se ha salvado . . . !!»

Unos me abrazaban sin conocerme, otros me palmoteaban los hombros, mirándome sorprendidos i repitiendo siempre:

—«¡Se ha salvado! . . . ¡Se ha salvado . . . !!»

El más solícito en estas manifestaciones era Hurtado Larraín, que me custodiaba.

Lo único que comprendía, en la confusión de mi espíritu en ese momento, es que ya no corría peligro de muerte; pero, no me daba cuenta del cómo y porqué de esos sucesos.

Repuesto bien pronto de mi turbación, quise todavía ver una vez más á mis compañeros de infortunio i despedirme de ellos, aunque fuera con signos que les tradujeran mis emociones, mi ansiedad por su desventura i la profunda adhesión á una amistad que recordaré con respeto i cariño durante mi vida.

En esos momentos subían á caballo el Ministro Aldunate i Villota.

Rodeados por los mismos ocho soldados armados i bajo las órdenes de Valdivieso Tagle, que iba entre ellos, seguían la misma dirección del tren.

Pronto los perdí de vista, i para siempre.!
¡Hasta el sepulcro!

.....
Marchaban al sitio oscuro i apartado donde debían ser inmolados por mercenarios i viles asesinos. . . !
.....

Así, en las luchas que se sucedieron á la victoria de Maipú, batallando infatigablemente para radicar en Chile las instituciones liberales, cayeron al pu-

ñal ó al plomo de los asesinos, José Miguel Carrera i
Manuel Rodríguez!

¡ Así cayó Portales, en la cima del Barón, por
defender el orden público!

Noble Jefe, digno amigo ¡ hasta el sepulcro...!!

V

Prisionero en Quillota—Los despojos de la víctima—«*Para mí! . . . Para mí! . . . !*»—«*No! para el Comandante!*»—El desconocido de mi prisión—Muerte de Garín—El «Viejo Palacios» i los sepultureros de la Revolución—El Capitán Alberto Montt ¡raza maldita i abominable cuando se adquiere el nombre por línea paterna!—Su heroísmo revolucionario. . . .
—Mi salvador—Broten flores sobre la tumba del hombre de bien!

El tren en que me embarcaron llegó á Quillota á las cuatro i media de la tarde, más ó ménos. Me condujeron ahí, en calidad de prisionero, al cuartel del 3º revolucionario i me alojaron en el cuarto de banderas.

I ¡oh! coincidencia horrible i pavorosa! Hacía como hora i media de mi llegada, i cuando daba descanso á mi espíritu fatigado i confuso por el desarrollo de tan tristes acontecimientos, me sacó del letargo un ruido de varias voces que venía desde la calle.

Parecía que era producido como por una discusión entre los bastidores de un teatro.

—«¡Para mí! para mí!» decía uno.

—«¡No, hombre! si es para el Comandante!» decía otro; i un tercero añadía:

—«¡No, señor! no señor! á mí me toca. . . .!»

Luego apareció en el escenario el rejio atavío del Sr. Aldunate, compuesto de su magnífica montura, sus espuelas de oro, botas i otras prendas de uso particular.

Horrorizado me quedé al reconocer estos objetos que me eran tan conocidos; pero pude dominarme i aparentar que no llamaban mi atención.

Al penetrar al cuarto de banderas, se hallaban ahí algunos oficiales del ejército revolucionario, i otros entraron en seguida.

Miéntas ellos conversaban á la proximidad de una mesa, me senté en un sofá i, apoyando la frente sobre la mano, me eché á vagar en el mar de mis reflexiones.

Advertí, un momento después, la presencia en la misma sala de un sujeto que, sentado en un rincón, pensativo i silencioso, parecía meditar como yo, i me miraba con insistencia.

Como no podía ser ahí buen convidado para los que, con el nombre de *redentores*, se entregaban á comentar gozosos sus hazañas, surjiendo á menudo el nombre del Ministro i bajando la voz ó volviéndome las espaldas cada vez que á él se referían, los oficiales fueron retirándose, i en breve nos encontramos en la sala solo el sujeto i yo.

Levantóse aquel de su asiento i avanzando sobre la mesa, apoyó en ella sus codos, cubrióse las sienes con sus manos i permaneció así algunos minutos. Parecía como abrumado por la fatalidad.

Alto, delgado, ojos negros, blanco i pálido, pelo i barba negra en punta, tenía este sujeto, jóven como de 28 años, porte distinguido i atrayente.

Alzando los ojos, que tenía clavados sobre la mesa, me miró con estrañeza i, después de vol-

verlos en derredor como para asegurarse de que nadie nos veía, me interrogó en voz baja i casi con timidez:

—«¿Vd. es balmacedista?»

—«Sí,» le contesté. «¿i Vd. está prisionero?»

—«Me han traído preso»

—«¿Y por qué?»—le pregunté, observando su traje negro de paisano.

—«No lo sé ¿i Vd. por qué?»

—«No lo sé tampoco; estaba en la Serena».

—«Pero Vd. ¿por qué?»—repetí extrañado.

Volvió entónces su vista como estraviada hácia la puerta i convencido de nuestro aislamiento, me dijo:

—«Mire! estos sospechan que yo he visto anoche una cosa tremenda, horrible i que no quieren que se sepa—Imajínese que el Comandante Echeverría dió la órden de que nadie podría traficar por las calles i que las casas debían permanecer cerradas desde la oración, porque de noche han estado fusilando mucha jente i no quieren que los vean. (1) Con ese motivo estaba en mi casa, que está al frente de la Plazuela de la Recova, cuando de repente sentí una bulla mui grande en la calle, como de una gran pelea.

Abrí entónces mi ventana para ver lo que era, i ví pasar un grupo confuso de soldados que arrastraban por la fuerza á un militar i lo llevaban como en peso—uno iba alumbrando el camino con un farolito. Al llegar á un árbol que hai en la Plazuela, la bulla aumentó, como si el hombre se les resistiera; pero de repente cesó—no alcancé á oír las palabras

(1) Esos fusilamientos hechos sin ninguna formalidad de juicio, defensa, ni proceso, fué el único sistema implantado por los revolucionarios triunfantes. Entre los muchos á que el sujeto se refiere, cayó también el denodado capitán Barrientos.

de una conversacion en que el hombre hablaba i los demás le contestaban á la vez, interrumpiéndole».

«Entónces amarraron el farolito en el árbol i, con la luz, alcancé á distinguir que era un militar grande, bien formado, medio moreno y de bigotito negro. Uno de los soldados se acercó, en seguida, con un pañuelo, como para vendarle la vista; pero él le arrebató el pañuelo de las manos y se los tiró, diciéndoles algo. Estaba él de pié, al lado del árbol, cuando sentí la descarga, y después una bulla y confusión, como si se les hubiera querido arrancar; pero se sintieron otros tiros y uno desató el farol y fué á alumbrar en un tumulto. Entónces ví que el hombre, saltando su cuerpo en el suelo, fué á meterse debajo de una banca, donde le siguieron tirando á la luz del farolito — el hombre se revolcaba horriblemente en las convulsiones de la agonía.»

«Espantado por esto y viendo que los soldados miraban á mi ventana y venían sobre ella, comprendí que me habían visto, por no haber atendido á apagar la luz de la pieza, y la cerré al instante. —Era tarde, porque los soldados cayeron sobre la puerta, i me han traído preso, con muchas amenazas.»

«Hoy supe que el asesinado era el Comandante Garín».

—«¡Qué horror! qué horror!!» exclamé en voz baja repetidas veces.

—«Pero yo no tengo gran temor por mí, continuó; porque yo soy hermano (1) de la viuda de Cum-

(1) No estoi completamente seguro de si me dijo que era hermano ó primo hermano. Cumming fué fusilado después de convicto i confeso de haber sido autor del plán de hundimiento de los buques *Imperial*, *Condell* i *Linch* que componían la diminuta flotilla del Gobierno. El plán fué descubierto pocas horas ántes de que se ejecutara. Una enorme cantidad de dinamita se había introducido por medio del soborno, en cada uno de ellos para hacerlos volar con todas sus tripulaciones. Este plán infucio i cobarde, cuando se disponía de una poderosa escuadra, no fué el

ming; así es que estos fascinerosos no se atreverán á hacerme nada y, además, ya escribí á mi familia á Valparaiso i estoí esperando contestación para que me dejen en libertad.»

En este momento el «**Viejo Palácios**», capitán del 3° revolucionario, apareció sobre la puerta, y echándonos su mirada escudriñadora de gato montés, interrumpió aquella horrible confidencia. No volvió á proseguirla mas tarde tampoco, por la presencia constante de los oficiales y porque el confidente fué llamado, á la mañana siguiente, para no volverlo á ver.

Era el «**Viejo Palácios**», el oficial de guardia y nuestro carcelero; y sin duda que era un tipo característico, aun entre aquella jauría hambrienta de estómago i sedienta de sangre i de dinero.

Bajo, gordo, moreno, algo calvo, barba desgredada y canosa, revelaba en sus capotudos ojos, mucho de feróz y mucho de esos Heliogábalos para quienes la gloria y el honor están en una fácil i abundante dijestión.

Por eso, al servírsele la cena; su naturaleza repente cambió en jovial i comunicativa, llegando hasta olvidar mi condición de prisionero i convidarme á su banquete con una cortesía y cordialidad que no esperaba. Verdad es que, por temor ó por desprecio, porque no sabría explicarlo ahora, le había dado ya los únicos cinco pesos que conservaba, i cuya sospechada existencia me había valido una insinuacion amigable de Palácios para procurárselos.

plán de los engañados ó de los alusinados, sino el de los que, desde su escondite de la Legacion de España ó cociendo huevos al anafre sobre los entretechos que les sirvieron de madrigueras, eran los que los concebían i los que dirijían sin peligro el movimiento.

Sentados á la mesa, mi compañero de prisión i yo nos manteníamos cabizbajos y en prudente reserva; pero, aprovechando de la alegría con que el Viejo Palácios saboreaba las viandas humeantes, le pedí, no con poca zozobra, que me dijera injenuamente la suerte de Aldunate y Villota.

Palácios soltó entónces una carcajada que casi le hizo ir de espaldas; metió sus manos, unidas, entre las piernas alzadas á la altura de la mesa, y tres veces sucesivas rió con el mismo humor. Me contestó después con el tono mas natural del mundo, que «ya no existía i que me felicitase de saber que yo había escapado milagrosamente; que no me acordara más del asunto, i me pasó una copa de vino, para brindar á la salud de los muertos. . . . »

No pudiendo resistir mi impresión i la repugnancia que me inspiraba tanta criminal villanía, me retiré á un rincón, donde permanecí largo tiempo como petrificado por el horror.

A cada instante llegaban oficiales llenos de alborozo, haciendo comentarios sobre la muerte del señor Aldunate; pero, apénas me veían, callaban para ocultarlo ó quién sabe si por respeto á mi triste situación.

Pero entónces un capitán, Alberto Montt ;raza maldita y abominable, cuando el nombre se ha adquirido por línea paterna! tuvo el valor y gallardía de insultarme, diciendo á sus compañeros que «por qué callaban, cuando lo que había pasado con los bandidos Aldunate, Villota i Garín, debía pasar con todos estos infames dictatoriales!....»

Con muda, pero hiriente contemplación, contesté á estos insultos; lo que enfureció de tal modo á este valiente, que se dirijió á mí con intención amenazadora; pero, desgraciadamente para sus ímpetus

heroicos, varios oficiales se interpusieron á su designio....

De este modo pasaron para mí ocho días, que me parecieron ocho siglos; al fin de los cuales se me acercó un señor doctor, pariente mío lejano, Joaquin Iglesias Baeza, diciéndome que no se había conformado solo con salvarme la vida en Calera, promoviendo, con ayuda de personas de gran influencia la discusion que dió por resultado mi embarque en el tren, sinó que nuevamente tenía todo preparado para burlar la vijilancia de mis carceleros, á fin de que pudiera escapar i refugiarme en Santiago, al lado de mi familia, que estaba asilada en una Legacion y enlutada por la horrorosa muerte de mi hermano político, el jeneral Barbosa, traidoramente vencido, asesinado i mutilado en Placilla....

Al principio me pareció mui raro é increible lo que me decía; pero la sinceridad que revelaban sus palabras, me convenció de su recta intención.

Salí, pues, con toda cautela de mi prisión, sin alcanzar á expresar mis agradecimientos á mi jeneroso salvador, que falleció ocho días después, víctima de un repentino ataque.

Bendigo su memoria, y broten en torno de su tumba las siemprevivas que cubren las cenizas del hombre de bién!

VI

Muerte del Ministro y Villota—La orjía del triunfo de la Revolución—La Sra. viuda de Aldunate—El banquete de Baltazar.

Los señores Aldunate Solar, hermanos del Ministro, se han encargado de referirnos el desenlace de esta sangrienta relación, con las siguientes palabras, por nadie controvertidas:

.....

«Por fin Cárlos Valdivieso Tagle hizo subir a los presos (se refieren al Ministro y Villota) en los caballos destinados al efecto y los llevó a, presencia de muchas personas, por un camino estraviado a una quebrada del fundito *La Palmilla*.»

«Una hora despues, muchas personas del pueblo que estaban pendientes de estos sucesos, vieron regresar al oficial y a los soldados, siendo portadores éstos últimos de las mantas, botas y otras piezas del vestido de los que hacía un momento habian llevado al lugar en que encontraron su tumba.»

.....

«Nosotros, en posesion de mejores datos, dicen los valientes y ya notables escritores señores Arellano Yecorat, refiriéndose a la publicacion de los hermanos del Ministro, podemos asegurar **mas aun** y esto es: que no terminó ahí la cobarde venganza de los sicarios y que llegó hasta mas allá de lo humano; pues los cadáveres de los infortunados señores Aldunate y Villota fueron encontrados en el campo con un cartel prendido sobre el pecho y que tenia la siguiente inscripcion:

«El que sepulte este cadaver será pasado por las armas.»

Llega el momento de preguntarse ¿i qué proceso ó sumario se ha instaurado por el Gobierno de la Revolución ó la Justicia Revolucionaria, para comprobar la verdad i castigar á los culpables? ¿Qué ha hecho esa Justicia, absorbida por el clericalismo i la oligarquía, en desagravio de la vindicta pública? ¿I el asesino?

Doloroso es decirlo:—ni proceso, ni informacion, nada absolutamente en dos años i medio de dominio del Gobierno de la Revolución. La persecucion, el proceso i la cárcel han sido únicamente para los que sostuvieron el régimen legal i al Gobierno constituido contra la anarquía revolucionaria; las nociones elementales de moral universal contra la prostitucion de los hombres i de los partidos!

—¿El asesino?

—Mientras la joven viuda del Ministro Aldunate, desgarrado el corazón, se entrega inconsolable á llorar en el silencio la muerte del esposo, su primo hermano Irrarázabal, Ministro del Interior de la Junta Revolucionaria hecha gobierno, urjido por Joaquin Walker M., esposo á su vez de una prima

hermana de la desgraciada viuda, ha estendido á Carlos Valdivieso Tagle, **en premio de los servicios del sicario**, el nombramiento de Gobernador de un Departamento de la República! . . .

Completaremos aquí el cuadro de sangre con las siguientes pinceladas referentes á la muerte del Ministro Aldunate y á los sucesos que se desarrollaban á la sazón en Santiago y que ha trazado con perfecta exactitud la pluma de uno de nuestros correligionarios en un estudio que permanece todavía inédito. Ellas serán el mejor epílogo de nuestra narración.

«La jóven viuda del Ministro, (se refiere al Ministro Aldunate), que aguardaba ansiosa su llegada, ha comprendido su desgracia irreparable, y se abandona á los naturales espasmos del dolor y la desesperación.»

«Su propia seguridad y la de sus tiernos hijos, la hán llevado á abandonar su hogar para encontrar asilo en casa de su padre, exaltado conservador-clerical, ardiente partidario de la Revolución y uno de los *legitimistas* de ese partido.»

«Sus lágrimas son ahí impertinentes, é importunos sus ayes ante las manifestaciones del regocijo que embriaga los piadosos corazones revolucionarios.»

«Pero á la puerta del hogar comienza la familia, y no romperemos nosotros el velo de sus misterios íntimos»

«La ciudad sibarita, la gran metrópoli chilena, acaba de presenciar la horrorosa hecatombe del 29 de Agosto—Mil hogares de los partidarios de la

adminstración Balmaceda han sido saqueados y despedazados por las hordas preparadas *ad-hoc* por el Comité Revolucionario, dirigido por Cárlos Walker Martinez y puestas en acción por el activo y ardoroso Provisor Eclesiástico, el canónigo Astorga; por Cárlos Lira i Cárlos Concha; por los presbíteros Infante, Jara i Fernandez, en fin. Son mil familias que han huido á esconderse en las leñeras ó caballerizas de los neutrales ó a asilarse en las Legaciones ó Monasterios.»

«En Valparaíso iguales escenas; y la tea del incendio, iluminando á la ciudad aterrorizada, muestra el espectáculo de 600 cadáveres de jentes del pueblo i del Ejército que han sucumbido en la vorájine, *después* de la batalla, y que yacen tendidos sobre las calles de la población.»

«Allá léjos, entre las brumas que envuelven los cerros que rodean al río Aconcagua, una falda tendida sembrada de cadáveres de los que sucumbieron en Concón; i á la espalda, las cimas de Placilla, que completan el cuadro de la horrible matanza. Los buitres y los perros se acuerdan de los muertos.»

«Los cadáveres vergonzosamente mutilados i profanados de Barbosa i Alcérreca, hán sido paseados al desnudo por las calles de la ensangrentada ciudad.»

«Pero la quietud se ha restablecido, al fin, sobre la tierra que tiembla, i comienza la bendición á los vencedores y el canto épico á la **epopeya homérica**. Todo es regocijo, miéntras se persigue, en caza de fieras, bajo los albañales, en las techumbres i los escondites á los infames dictatoriales.

«700 jefes militares ó empleados públicos ú hombres de estado hán reemplazado en la cárcel de Santiago á los presidarios, amparados por Covarrú-

bias, Ambrosio Montt y Baquedano en el saqueo. Ellos respiran también el aire puro de la libertad!»

«La Junta de Gobierno, seguida de las huestes vencedoras, acaba de hacer su entrada triunfal por la misma Alameda en que Chile entero, diez años ántes, batió palmas y colgó coronas á la altiva legión vencida ahora.»

«No hay aplausos, sin embargo!—Aquellas huestes abigarradas, descalzas, sin traje militar, revelan en sus semblantes patibularios los misterios de la venal jornada»

«El pueblo chileno ha sido vencido, pisoteado y humillado; pero ese pobre pueblo, fanatizado por el monje y embrutecido por la oligarquía, no acierta á comprenderlo, y corre atado al carro triunfal de los conquistadores.»

«Los Walker é Isidoro Errázuriz, árbitros de los destinos de Chile, son dueños de la vida y de la hacienda de los *bandidos* de la administración Balmaceda.»

«Se ha entrado de lleno al reinado del Terror; y desde Tarapacá á Ancud, persíguese, por toda la estensión del territorio, á los *ladrones* de la administración vencida.»

«Joaquin Walker M. é Isidoro Errázuriz, inspirados por Manuel J. Irarrázabal, despachan telegramas al Gobierno inglés para retener las barras de plata que Balmaceda se lleva robadas en la corbeta inglesa «*Espiegle*», i se noticia al mundo la fuga del Tremblé.»

«Los palacios de los partidarios principales del régimen caído, son ocupados por las tropas vencedoras, regalados con la vista de los animales despostrados que colgaban de las murallas de los que fueron lujosos salones. Irarrázabal soñaba en esto

desde Buenos Ayres, donde se pintaba igualmente víctima . . . » ⁽¹⁾

«Se ha decretado universalmente la prohibición de enajenar é hipotecar sus bienes á todos los *bandidos* dictatoriales, y la retención absoluta de todos sus **fondos i valores** en poder de los Bancos ó particulares. Con ello, Joaquin Walker M. é Isidoro Errázuriz, ván á tener en sus manos hasta el honor de sus adversarios. Ellos harán furiosa investigación para descubrir **los robos y los tesoros robados á la Nacion . . . »**

«Desde la calle cercada de tropas hasta los tejados y acequias de las casas vecinas, el fusil de los vencedores custodia las Legaciones», guarida de los criminales del **régimen funesto** condenado por el autorizado testimonio de los hermanos de la ilustre víctima, el Ministro Aldunate.

«I miéntras en pleno reinado del Terror, tres veces en un mes se cambió la forma de gobierno, pasando de la dictadura revolucionaria á régimen, legal con Presidente militar espúreo, i vice-versa; i miéntras resuenan por todos los ámbitos de la gran ciudad las músicas marciales de los conquistadores de Tarapacá; i miéntras, en el baile y el sarao, las damas fanatizadas les cubren de flores i estrechan al

(1) Recuérdate, en efecto, que Irarrázabal, durante su permanencia en Buenos Aires, pintábase despojado de todos sus bienes por el gobierno de Balmaceda, saqueadas i secuestradas sus propiedades, y su casa habitación convertida en cuartel de tropas. Ni argentinos ni chilenos emigrados de esa época, olvidarán lo que oyeron de boca misma del jefe clerical. Siempre fueron la calumnia i el presentarse víctimas las armas eternas del clericalismo; é Irarrázabal que, como Ministro de la Revolución triunfante, declaró *abandonadas* las propiedades de sus adversarios, aun las de aquellos que persiguió delincuentes *por haber emitido opiniones* i que, *por decreto*, ordenó entregar al saqueo de «*los jefes de destacamentos*», fué diestro en su *propaganda* revolucionaria con los argentinos i hábil por su táctica de *economía* para con sus compatriotas emigrados.

corazón, allá en el fondo de sus guaridas, las madres abrazadas á sus hijos y el esposo perseguido, entregado al espanto de los suyos, tendidos todos sobre el suelo desnudo, los infelices *dictatoriales*, sumidos en el hambre y la miseria, reciben el castigo de haber amado á la patria y sostenido la causa del respeto á la autoridad legalmente constituida i al órden público!»

«Estas hán sido, sinembargo, al través de la Historia las noches pavorosas que han precedido á la aurora de su redención para los pueblos oprimidos! Las grandes conquistas del derecho han exigido siempre grandes sacrificios y grandes víctimas.»

«Tal era la situación en la noche lúgubre que preparó á Chile la coalición clerical-liberal-radical de 1891.»

En medio de ella, «la digna viuda del señor Aldunate ha abandonado la casa de sus padres y ha ido a encerrarse en una pieza solitaria, en altos, de la calle del Dieziocho, á la que conduce una estrecha i empinada escala, desgastada por los años.»

«No ha podido resignarse á olvidar la memoria querida del esposo . . . No ha podido decir al corazón que no sienta y á la memoria que olvide . . .!»

«Ahí, sin otro menaje que una cama y un candelero de cobre en que arde moribunda una vela, la desgraciada viuda se entrega abandonada á su do-

Irarrázabal es hermano de Ligorio Irarrázabal, distinguido capitán de las turbas saqueadoras de Santiago. Como se vé, hai en esta familia, de la que podríamos citar otros miembros, *cabeza que piensa i brazo que ejecuta*.

Las calumnias i embustes de Cárlos Walker M. en sus famosas cartas al señor Emilio Lamarca, que publicó *La Prensa* de Buenos Ayres i que hasta hoi nadie ha descendido á contestar, son otra comprobación de lo que son capaces, como *propagandistas*, los actuales jefes del clericalismo chileno.

lor, y baña con sus lágrimas las rubias cabelleras de sus pequeñuelos.»

«Ha reconocido ahí una nueva patria, en que la libertad de evocar arrodillada la memoria inseparable del esposo, no era un crimen»

«Sola, porque nadie interrumpe sus sollozos, relée sus cartas, conversa con él, se reanima y desfallece.»

«Pero en su alma delicada no surge el odio, ni agosta su corazón la idea de la venganza.»

«Su espíritu cristiano se eleva sobre las pasiones mezquinas de la humana naturaleza i traza sobre el papel estas líneas, hoy esculpidas por el artista sobre el mármol del sepulcro venerable:»

«Traidoras balas, al cortar tu vida,
Por orden superior lo hizo un sicario
Que cortó el hilo de la dicha mía,
Vengando en tí de otros el agravio.

Pasaste de esta tierra impía al cielo
Dejándome sumida en la amargura;
Pide á Dios que concluya mi destierro;
Perdona al asesino su locura! . . »

«Los días trascurren para la joven viuda en medio de la soledad, la desesperación y el llanto.»

«Pero nada interrumpe la algazara de los victoriosos revolucionarios que se divierten en la caza de los perseguidos ó á la lumbre esplendente de los salones de la ciudad oligárquica.»

«El sol de Septiembre, el sol del aniversario de la independencia nacional, ha sido oscurecido por las brumas de Concón i Placilla. Por eso, en el programa de fiestas patrias se olvidó á Freire, O'Higgins, San Martín, Carrera, Las Heras, Blanco Encalada, para dedicar las fiestas á los vencedores de la revolución. Por eso yacían aun, en el campo

ensangrentado de la lucha, los cadáveres de los vencidos. . . . »

«Un suntuoso baile ha tenido lugar en la Sala del Congreso, adornada con un costo de treinta mil duros, á costa del Estado.»

«Al día siguiente, 19 de Septiembre, las tropas *prostitucionales* iban á lucir al campo de Marte, al son de sus clarines, los trajes dictatoriales, i cruzaban á los piés de los balcones de la infortunada viuda. ¡Qué lúgubres ecos para su corazón atormentado!

«A pesar de su abstracción, no pasó desapercibido para ella un extraño movimiento. Su corazón latía de zozobra. Los coches de gobierno habían vuelto á la Moneda, el dictador Montt había sido apedreado por el pueblo sin armas, i las tropas sin cartuchos se manifestaban exitadas.»

«Un poco más tarde, nuevos rumores i extrañas manifestaciones la sorprenden en la agonía de su espíritu, i ha podido imponerse de la muerte de Balmaceda, el amigo de su esposo y mártir como él. La ilustre víctima ha subido los pedestales de la gloria sobre la pira de los sacrificios inmortales.»

«Se cree ella sin fuerzas para resistir tantas y tan terribles impresiones.»

«Pero las fiestas se prosiguen i el baile y el banquete serán más amenos con los comentarios de los trascendentales sucesos. La casa paterna no ha sido exceptuada de las locas alegrías del banquete de Baltazar.»

«Pero un carruaje se detiene ahí, á la puerta, y dos oficiales descienden; otros se acercan, y en breve, en brazos de unos cuantos, un cuerpo pesado é inmóvil es introducido á la casa en medio de un silencio solo interrumpido por las pisadas.»

«Era el cuñado del Ministro Aldunate, joven oficial, á quien el fanatismo de la secta había arrasado al fanatismo de la Revolución.»

«Felízmente para su desgraciada hermana, se hallaba léjos de aquel lugar, evitándose las nuevas impresiones del lúgubre i lamentable suceso.»

¿Cómo era?

—«Un soldado revolucionario del mismo cuerpo, haciendo uso de su rifle, le había roto el corazón! . . . »

VII

CONCLUSION

Habríamos terminado aquí nuestra relación, si un deber de lealtad no nos impulsara á transcribir los documentos que vieron la luz pública entre las brumas de sangre del terrorismo revolucionario. Esos documentos se hallarán en el Apéndice.

Para dar á conocer mejor los antecedentes biográficos de las tres víctimas, hemos preferido extractarlos de las publicaciones hechas por el señor Arellano Yecorat, valiente escritor formado por las asperezas de la lucha.

La biografía del Comandante Garín la hemos extractado con la relación de la parte sustancial con que se refiere su muerte.

Pero al transcribir en el *Apéndice* los que pueden llamarse **Documentos Oficiales** sobre los alevosos asesinatos, ó sean, las publicaciones de los señores Aldunate, Steinwall i César Montt,—lo hacemos porque contienen puntos tan graves, vaguedades, negaciones, afirmaciones i contradicciones tales, que no prescindiremos de presentarlas sin estas lijeras, pero necesarias i útiles observaciones.

Desde luego, hiere singularmente nuestro ánimo la tierna i enérgica actitud de los hermanos Aldunate en esclarecimiento del trájico suceso.

Para fijar mejor el punto, debemos traer aquí un antecedente digno de ser considerado.

Los señores Pedro i Patricio Aldunate, jóvenes honorables i que tienen, entre otros, el indiscutible mérito de haber sido hermanos del Ministro, no hán figurado hasta hoi en la política ó las letras chilenas.

Don Cárlos Aldunate, abogado distinguido y casi rival de su ilustre hermano, aunque llamado á figurar en las filas del partido liberal, se halló envuelto en las redes del conservantismo desde su advenimiento á la vida pública. Industrial inteligente, gerente de un banco por algún tiempo, es más conocido como hombre de foro i por la decisión de sus afecciones al partido conservador-clerical.

Un medio de familia dominado por la propaganda político-religiosa i las tendencias naturales de la escuela cantorberiana en que fué educado, hán debido ser la causa de aquellas afecciones.

Como profesor interino de la Universidad, concibió un día el vehemente deseo de adquirir una cátedra en propiedad.

Por desgracia, las corrientes malsanas del sectarismo iban desviando los fines de interés público nacional del Cuerpo Universitario y haciendo de la enseñanza pública un medio de propaganda política del radicalismo i del clericalismo, que lo dominaban sin contrapeso.

La Universidad, bajo las alas de los dos bandos sectarios, iba convirtiéndose en un cuerpo esencialmente político, con influencias electorales i con influencias estrañas destinadas á absorber las faculta-

des del Ejecutivo. Aun en los testos de enseñanza por ella aprobados, llegóse hasta desnaturalizar la verdad, convirtiéndolos en armas de su sectarismo.

Desviar esa corriente malsana y hacer de la Universidad campo neutral i sagrado de la enseñanza pública, se imponía como un deber ineludible á nuestros hombres de estado.

Don Carlos Aldunate se presentó, entónces, al Ex^{mo}. Sr. Balmaceda tratando de arrastrarlo á firmar su nombramiento; pero el eminente patriota, inflexible ante las exigencias de su liberalismo i doctrina, negóse rotundamente. Estimaba las condiciones de honorabilidad é intelijencia del Sr. Aldunate, i como testimonio de que cumplía con sus deberes de magistrado sin ninguna animadversión personal, le exigió aceptarle el poder de su representación en cuantiosos juicios en que se hallaba interesado como individuo particular.

Ni el magistrado aceptó que el sectario se introdujera en el laboratorio de la enseñanza liberal ó laica del Estado, ni el señor Aldunate aceptó la prueba de distinción personal ofrecida.

De ahí nace que D. Carlos Aldunate, sin alcanzar á comprender la noble actitud del Magistrado, exaltado hasta el delirio por aquella negativa, dejara de ser el **adversario** para convertirse en **enemigo personal** del Sr. Balmaceda.

Así se comprende cómo los señores hermanos del Ministro Aldunate, sobre el tibio cadáver, quieran, al final de su relación, dejar constancia de que «su actitud durante los ochos meses de la Dictadura fué francamente revolucionaria, hasta provocar persecuciones de Balmaceda.» Por eso «no les inspira ningun sentimiento favorable aquel réjimen funesto.»

Nadie nos ha esplicado aun en qué consistió la

franqueza revolucionaria de los Sres. Aldunate, ni mucho menos en qué consistieron las persecuciones de Balmaceda. Lo probable es: que ni sus co-revolucionarios conocieron esas persecuciones, ni Balmaceda la **franqueza revolucionaria** de los hermanos Aldunate.

No es, pues, del todo incomprensible que los mencionados señores prefirieran, sobre el **régimen funesto**, el **régimen del Terror**, que arrancó á las afecciones de su hogar al hermano querido, aunque esa «**revolución, la mas noble que ha visto la América,**» no les ofreciera la modesta i reparadora garantía de una investigación social, militar ó judicial, i aunque «se hallaran dispuestos á manifestar sus datos sobre la muerte de su hermano á **algun tribunal** que se ocupara **seriamente** en la investigación de la verdad.»

Tan cierto es que las pasiones desvían el criterio i los sentimientos mas naturales del corazón, hasta en los espíritus mejor templados!

Los señores Aldunate dicen en su relación:

«Montt á dió Steinwall una orden que éste se negó a aceptar. Steinwall **ha referido a uno de nosotros** que igual orden fué dada a dos jefes mas, quienes tambien rehusaron darle cumplimiento.»

Como se vé, hai en esas breves líneas **cinco categorías afirmaciones**, i no parece posible, ni admisible que los hermanos Aldunate incurrieran en error al enunciarlas.

Sin embargo, Steinwall há contestado así:

«Tambien debo manifestar que no he recibido en absoluto orden alguna del señor Comandante Montt, como lo dicen estos señores **a quienes no conozco** i tengo la certidumbre de que **no he atra-**

vesado ni una sola palabra con ellos i mucho ménos proporcionado datos que a mi juicio son esencialmente falsos.»

Hai ahí un dilema que no enunciaremos, ya que los señores Aldunate, con un **anunciado silencio** posterior, no nos dán el derecho de juzgar **quién dijo la verdad**. Si el desmentido de Steinvall la niega, la afirmación de los señores Aldunate revela que **tuvieron miedo de descubrirla** entre los resplandores del incendio, saqueos i asesinatos con que se innaugararon los sucesores del **régimen funesto**.

Son dignos de ser observados el parte oficial i la relación posterior de César Montt.

Se deduce del parte oficial que fué á Calera, desde Quillota, **por orden del Comandante de Armas**, con el fin de **perseguir á los dispersos del Ejército del Dictador que cometían desórdenes i asesinatos**.

Es del caso preguntar entónces ¿qué tropas llevó Montt para ejecutar el **desarme i persecución**?— Sabemos que las fuerzas que venían de la Serena, ascendían á 1,100 hombres, i aunque sufrieron pequeñas bajas con la separación de Stéphan i Almarza, al imponérseles el desarme en Catapilco, esas bajas **eran ignorados en Quillota**. Sabemos igualmente que en Calera no había sinó, á lo más, dos compañías.

Esto induce á creer que **el fin fué otro**; i es el hecho que, habiendo llegado nosotros á Calera á las 8 A. M., se trasmitió á Quillota por telégrafo la noticia, enviándose, en seguida, á Montt como encargado de asegurar esos fines.

Montt dice:

«**Llegado á Calera, supe que se traía** preso entre muchos soldados á D. Manuel María Aldunate i Caupolicán Villota.»—Supone, en consecuencia, que **venían en camino**; miéntras que el arribo de Montt fué solo **después de dos horas i media**, más ó ménos, de nuestra llegada á la Calera.

«**Tan pronto como llegaron a Calera**, agrega, dispúsose que un oficial, un sarjento i dos soldados condujeran a Aldunate i Villota, para custodiarlos, por tierra a Quillota, pues a esa hora no habia tren en qué conducirlos.»

Queda, pues, sentado por esa afirmación, que habiendo llegado nosotros **á las 8 A. M.**, fué **á esa hora** que los señores Aldunate i Villota fueron puestos en marcha, por tierra, hácia Quillota. Entretanto, para desmentirlo, nos bastará copiar lo que el mismo Montt dice en su relación.

«No hubo mas tren que el de pasajeros u ordinario que **pasa a las dos de la tarde**; miéntras yo esperaba la contestacion al aviso que habia dado n Quillota, **de tener a los dos prisioneros en mi poder**, el tren pasó.»

Reveladoras fragilidades de la memoria!

En el parte oficial, en que Montt hace aparecer al ordenanza del señor Aldunate, que quedó en Catapilco, dice:

«El oficial marchaba a retaguardia sin préveer lo que podia suceder, i solo vino a darse cuenta cuando el sarjento volvió a darle noticia que el señor Aldunate, que probablemente **habia oído algo** de lo que sus tropas intentaban hacer, junto con Villota huía precipitadamente por los cerros de la Palmilla i eran perseguidos por sus mismos soldados i dos de

los nuestros. Esto sucedía á las 6 h. 30 de la tarde, mas o menos.»

De lo anterior se infiere: que para enviarlos custodiados á Quillota, **iba un oficial**; i para llevarlos á la muerte, **no iba ninguno**. No nombra al oficial, ni nombra al sarjento, ni el sarjento nombra á los dos soldados que los custodiaban.

Por último, habíamos llegado á las 8 A. M. y «**tan pronto**» como llegamos se les puso en marcha; i sin embargo, solo sucedía la escapada i persecución por los cerros de Palmilla **á las 6 h. 30 de la tarde**. ¡Diez horas i media empleadas para recorrer á caballo dos leguas, mas ó ménos!

Ese algo, pues, que el Sr. Aldunate había oido de lo que **intentaban hacer**, lo había oido de boca de Valdivieso Tagle, comunicándonos la muerte de Garín!

«Como no llevaban mas fuerza que el sarjento i dos soldaos, prosigue el parte; pues éstos eran suficientes para custodar **dos reos**, i tambien **sin siquiera suponer** que en el camino pudieran encontrar dispersos ébrios cometiendo toda clase de desórdenes.»

«Impuesto de lo sucedido, mandé comisiones a recorrer el campo, encontrando al dia siguiente por la mañana los cadáveres de Aldunate i Villota completamente desnudos.»

Se hace, para justificar i explicar la ida á Calera, la afirmación de haber sido «**con el fin de perseguir i desarmar á las tropas que cometían desórdenes i asesinatos;**» i cuando se trata de justificar i explicar el asesinato, se dice que «**no pudo suponer que en el camino pudieran encontrar dispersos ebrios cometiendo toda clase de de-**

sórdenes.» Y en las líneas que siguen, olvidando aun las inmediatamente anteriores, se contienen estas otras: «Consta á todos que el valle está lleno de dispersos del Ejército de Coquimbo.»

Si ese es, en resúmen, el parte oficial de César Montt, la relación ó contestación de éste á los señores Aldunate, no es ménos digna de estudio. Veámosla.

Los señores Aldunate, al terminar su exposición, dicen: «No queremos abrir, ni aceptamos polémica por la prensa.»

César Montt, al comenzar la suya, contesta:

— «Estás rectificaciones, por lo demas, serán las primeras i únicas que yo haga en este asunto.»

Esto equivale á lo siguiente: los unos dicen:

— Lo sabemos todo.

— Y yo también.

— No queremos que se hable.

— Ni yo tampoco.

Dice César Montt: «El mayor Villota, á quien conocía i con quien hablé me dijo que tenía en dinero como quinientos pesos de su propiedad que pensaba enviar á su madre, que era mui pobre, con una persona que habia allí de su confianza, que no me nombró.»

Cómo! ¿Dónde, cuándo, i á qué hora habló con Villota?

Mientras yo estuve con ellos, jamás; i sabemos que el Ministro i Villota, hasta el momento de ponerse en marcha al Calvario, estuvieron á mi vista. No pudo ser después, tampoco; i tuvo que ser indeclinablemente ántes de que Villota entregara su cartera con los mil pesos á Arcillón.

Luego es falso.

Conoció, es cierto, la súplica de Villota para que le dejaran el dinero para su pobre madre, pero **lo supo por Arcillón**, que fué su enviado.

Lo único verdadero que contiene el párrafo entero de la esposición de Montt, es: que no hubo tales «dos caballeros que desearan hablar con los prisioneros,» á ménos que fueran dos amedrentados jovencitos que hicieron un amago de dirigirse á mí; é igualmente cierto que no nos interrumpiera con espresiones descorteses ó groseras, por la sencilla razon de que **es falso que cruzara con nosotros directamente ni una sola palabra.**

«No hubo mas tren que el de pasajeros u ordinario que pasa mas o ménos a las dos de la tarde,» sostiene.

—¿Y el tren en que llegó él? ¿Y el tren en que fuí trasladado yo? No; hubo trenes i **muchos**, aunque no sabría decir cuántos, talvéz cinco ó siete.

«En cuanto al tren especial que hubo ese dia, estaba en Quillota descargando el equipo i armamento de las tropas que habian sido desarmadas,» agrega.

—¿Qué equipo i qué armamento? El equipo i armamento de las tropas de Coquimbo no pudo ser, por que había quedado en Catapilco. Dispersos de la División de Coquimbo no los había i todos llegaron á Quillota. Los **dispersos de la derrota** no podían ser tampoco, por que los dispersos no pueden llamarse **tropas**, ni andaban armados, por que es sabido que arrojaron sus armas al producirse el desastre. ¿Cuáles eran entónces?

«Es raro, continua, que ahora quiera sostenerse que entónces no hubo soldados armados i dispersos, infestando los caminos, cuando su persecucion fué objeto de mi viaje a Calera i para dejar proseguirlo libremente se me ordenó el envio de los prisioneros,» etc.

Proseguir es **continuar** ó llevar adelante lo que se ha comenzado. ¿Qué **proseguía** Montt, si hasta el momento de embarcármeme en el tren no había **comenzado**?

La escaza tropa revolucionaria permanecía en el cuartel. Ignoro si ésta llegó á Calera á las órdenes de Montt ó si estaba ahí desde ántes. Si alguna salida hizo ella para ejecutar la supuesta comisión, afirmo que **que no fué á las órdenes de César Montt**, que permaneció en la Estación desde su llegada á Calera hasta mi partida á Quillota. Afirmo igualmente que la tropa no salió del cuartel Escuela, miéntras ahí permanecimos incomunicados.

Steinwall, segun creo, no volvió en el acto á Nogales, como lo asegura; pues me parece que lo ví cruzar dos ó mas veces por la Estación i confundirse con los demás oficiales que ahí había. Estos, si se apartaron por momentos de ahí, permanecieron al lado de César Montt i, por consiguiente, no fneron tampoco en persecución de tropas ó de dispersos armados ó desarmados, que es el pretexto de su presencia en Calera.

La síntesis de lo que referimos es: Joaquin Walker Martinez i coronel Holley; más allá José Antonio Echeverría i Mariano Necochea R.; más acá César Montt; i en las proximidades de una que-

brada solitaria de Palmilla, **Cárlos Valdivieso Tagle al mando de los ocho soldados que nos custodiaron** desde el cuartel á la Estación de la Calera . . . !

«Impuesto de lo sucedido, dice César Montt en su parte, mandé comisiones á recorrer el campo, encontrando **al día siguiente** por la mañana **los cadáveres** de Aldunate i Villota **completamente desnudos.**»

—¿Y el oficial?—Ah, Montt contesta:

—Se había quedado atrás.

—¿Y los soldados?

—Se fueron adelante!

No encontramos que, respecto del asesinato de Garín, exista incompatibilidad entre la relación que trascribimos en el Apéndice i la del hermano de la señora Cumming en el cuartel de Quillota.

Es evidente que su muerte se verificó, en la noche del 4 de Septiembre. Si así no hubiera sido, lo habría visto ó sabido que se hallaba en el cuartel; miéntras que, apénas hube llegado, se me relató el suceso.

La decisión tomada por Echeverría i Necochea de concluir pronto con Garín, debió ocurrir pocas horas ántes de la muerte. Esta, al parecer, por la hora detenida en el reloj de la víctima, debió ocurrir á las 12 de la noche del día 4 de Septiembre.

La relación del señor Arellano, suponiendo, por las versiones recojidas, que Garín fué bárbaramente golpeado el día 5 en el Cuartel, ántes de llevarsele al corral en que debía ejecutarse la farza de fusilarlo, parece, pues, un error. Garín, «**inconocible i moribundo,**» como se le supone, hacía ya doce

horas á que **había muerto**. Trasladado al Cuartel para ocultar el infame asesinato i al día siguiente arrastrado por un grupo de soldados encargados de simular el fusilamiento, **era solo su cadáver** lo que se arrastraba con ese fin.

Necochea i Echeverría, intimando á Garín que obtara entre ser **fusilado ó mutilado**, lo hicieron, como consecuencia de la resolución que tomaron de asesinarlo.

Las leyes de la guerra, la vindicta pública, los sentimientos del honor i de la dignidad humana ¿hán sido cautelados?

Las leyes de la guerra prescriben :

Núm. 568.—Las naciones civilizadas no reconocen hoy á las autoridades militares el derecho de disponer arbitrariamente de la suerte de los habitantes pacíficos del territorio enemigo ó de los ciudadanos que hacen parte del ejército enemigo.

Núm. 542.—Los representantes de la autoridad militar *tienen el deber de respetar las leyes de la humanidad, de la justicia i del honor*, así como los usos admitidos en la guerra por las naciones civilizadas.

La tiranía i el despotismo militar consisten en el abuso de la guerra i en la violación de sus leyes. Cuanto más superior es el poder militar sobre los ciudadanos armados, tanto más debe, también, distinguirse por su humanidad i sus virtudes cívicas, (BLUNTSCHLI, *Droit International Codifié.*)

Núm. 56.—*Un prisionero de guerra no es acreedor á ninguna pena* en su carácter de enemigo público; ningún sufrimiento, ninguna deshonra podrán serle voluntariamente inflijidos por represalia; ni apresamiento, ni privación de alimento; ni mutilación, ni muerte, ni ningún otro tratamiento bárbaro.

Núm. 71.—Cualquiera que hiera intencionalmente al enemigo, ya reducido completamente á la impotencia, le mate, ordene matarle, ó anime á sus soldados para que lo hagan, **será ejecutado** si su culpabilidad queda demostrada, ya pertenezca al ejército de los Estados Unidos ó que sea un enemigo capturado después de cometer su crimen. (*Instrucciones Americanas*).

Y bién; **Necochea**, el asesino de Garín, osa arrastrar á la infeliz madre á la Cárcel, porque le increpa el asesinato de su hijo.

Alberto Jeanneret, enviado de Altamirano, Joaquín Walker i el hoi general Holley, luce impune sus galones, después de haber asesinado de un disparo de revólver, en el calabozo de su prisión, al infortunado periodista Leon Lavín.

Cárlos Valdivieso Tagle, el sangriento sicario de nuestra leyenda, elevado á suprema autoridad administrativa, ha cambiado el bastón de los majistrados de Chile por su espada todavía tinta con la sangre humeante del crimen de *La Palmilla*.

César Montt i José Antonio Echeverría son prez i orgullo del ejército vencedor, que mantiene á Chile amordazado.

Irarrázabal i los Walker M. guían aun al viejo, sesudo é histórico partido *conservador* que sostuvieron los Egaña i los Portáles i que, convertido por aquellos en secta religiosa de la edad pasada, sufre los desvíos de los *condotieri* del clericalismo.

Pero, si ellos han precipitado á Chile en el abismo, la patria de O'Higgings, Freire, Rodriguez, Carrera i Balmaceda renacerá de sus ruinas, y volverán á ser inmutables los principios eternos de la justicia, el honor i la dignidad de Chile.

Hé ahí, pues, las reflexiones que hacemos sobre la muerte del Ministro Aldunate i los documentos publicados.

Se ha tratado de oscurecer la verdad i de explicar el crimen; pero, desde el cieno de sangre que mancha á sus impunes perpetradores, la verdad

brilla en el fondo, como brilla el sol entre los nubarrones de la tormenta.

I si en los desbordes de la Revolución victoriosa, no ha caído sobre los criminales la condena-
ción de los hombres, caerá sobre ellos, tarde ó
temprano, la justicia divina i la execración de la
Historia.

APENDICE

—

.....

BOSQUEJOS BIOGRÁFICOS

El Ministro de Relaciones Exteriores D. Manuel María Aldunate

Nació el señor Manuel María Aldunate en Santiago de Chile el 18 de Abril de 1860; era hijo de don Pedro Aldunate i Carrera—nieto de los ilustres i malogrados Carreras, asesinado tambien por mano vengadora i odiosa—i de la dignísima matrona doña Amelia Solar Valdés, ámbos descendientes de la noble aristocracia de Chile.

.....

Su celo i aplicacion por los estudios preliminares para seguir la carrera que cuadraba a la categoría de su cuna i a su vasta inteligencia, i su teson por enriquecer los conocimientos ya adquiridos, le hicieron acreedor a la jeneral estimacion de sus maestros i condiscípulos, i así en marzo del 82, es decir, a los veinidos años no cumplidos, recibió el título de abogado.

.....

La vida pública de don Manuel María Aldunate es, si no estensa, importante i considerable. De este modo, le vemos en 1874, cuando aun no se había investido con el doctorado en leyes, pues solo contaba a la sazón con catorce años, ocupar airosamente el puesto de prosecretario de la mui Ilustre Municipalidad de Santiago; i algun tiempo despues, en 1879, el de secretario de la misma corporacion.

.....

En el desempeño de esa importante comision, (la que le confirió la Municipalidad de Santiago para ejecutar los estudios de la mayor de sus haciendas, San José) desplegó tanta diligencia como acierto i, al cabo de un año de constantes trabajos, presentó dos memorias, una judicial y otra agrícola i el cróquis de aquellos terrenos, cróquis que aun se conserva en la Sala Municipal. Recorriendo esas dos memorias se adivina cuánta inteligencia i cuánta dedicacion debieron demandarle a su jóven autor.

Al año siguiente, en la confianza de su reconocida competencia en sus ramos profesionales, nombrábasele abogado de la Superintendencia de Aduanas, cargo que desempeñó solo un año i que abandonó para dedicarse simultáneamente a la carrera del comercio i a las tareas del foro.

Poco tiempo despues, el activo abogado-comerciante encontrábase desempeñando el alto puesto de director i abogado de la Compañía Sud-Americana de Vapores.

Recorriendo con éxito en vasta escala toda la esfera de excelentes destinos, cúpole mas tarde ser Director Jerente Interino i abogado a la vez de la compañía del Telégrafo Americano.

Por esa misma época, el espíritu emprendedor i progresista que siempre prevaleció en él, hízole consagrarse al fomento de nuestra incipiente industria nacional, i arrastrado por tan patriótico deseo, tomó en arriendo la Fábrica de Tejidos Nacionales, ubicada en los afueras de la capital, con el laudable fin de abrirle nuevos horizontes.

Seguro de que la minería encerraba grandes promesas para el porvenir del país, en los últimos años le vimos dedicarse a ella con el ahinco i el teson que le eran peculiares, Jerente, primero de la Sociedad Minera Desengaño i de varias otras empresas mineras de Batuco; Director de la Sociedad Nacional de Minería, se trasladó, mas tarde, al interior de Chañaral, a fin de desarrollar el mineral de Sierra Vicuña. Despues de una dura labor, consiguió habilitar allí diesziocho minas en estado de producir mensualmente diez mil quintales métricos de metales de cobre de una lei de siete a ocho por ciento.

Al lucir el año 1890, preparábase el señor Aldunate para esplotar así su Mineral de Rio Colorado como el que poseía en Sierra Vicuña; pero el horizonte político se cubria de nubes i se escuchaban a lo léjos los sordos rumores de próxima i deshecha tempestad. La ola embravecida subia i subia i en corto tiempo desatábase la tromba i todo lo arrastraba en su trayecto con iuvenible poderío. El señor Aldunate, soldado de una lejion invicta pospuso sus intereses, su ferviente amor a las ciencias, todo en fin, para mezclarse en la contienda colocán-

dose bajo la bandera del Excmo. señor Balmaceda, figura que le atraía poderosamente por afinidades de tendencias i de carácter.

El hijo del trabajo, el infantigable explorador de los desiertos, el atrevido iniciador de grandes empresas debía, necesariamente, colocarse de parte del insigne estadista que mayor impulso ha dado al progreso material del país. En su criterio recto no cabian vacilaciones, i con la altivez i denuedo de los hombres convencidos, abrazó el señor Aldunate la simpática i noble causa del ilustre repúblico.

El señor Balmaceda, conocedor de las cualidades de carácter, ilustracion i trabajo del señor Aldunate, le confirió el mando de la provincia de Malleco, cuyo nombramiento es de 6 de noviembre del mismo año 1890. No queremos recordar todos los bienes que en favor de la localidad emprendió i llevó a cabo el señor Aldunate; i apartándonos de este objetivo nos es grato reconocer que el Intendente de Malleco hizo escapar del lugar del incendio revolucionario a todos aquellos que pudieron haber sido abrazados en él.

Cuando la resistencia fué necesaria para oponer muro de hierro contra avances criminales, fué él quien organizó para la defensa de la Nacion varios regimientos que en dos meses, poco mas o menos, podian batirse contra las fuerzas revolucionarias.

Estos regimientos son los siguientes:

INFANTERÍA

Batallon Angol, de 400 plazas. Estinguido en la memorable batalla de Pozo Almonte, en donde peleó con bravura.

<i>Batallon Angeles</i>	de 400 plazas
» <i>Mulchen</i>	de 400 »
» <i>Nacimiento</i>	de 400 »
» <i>Traiguen</i>	de 600 »
» <i>Collipulli</i> (2º Angol).....	de 400 »
« <i>Temuco</i>	de 400 »
» <i>Victoria</i>	de 400 »
» <i>Nueva Imperial</i>	de 300 »

Una compañía del *Traiguen*. compuesta de 100 hombres, que se mandó a Ancud.

Ademas de los anteriores cuerpos, reclutó *dos mil quinientos hombres* para completar las dotaciones de los cuerpos de línea.

JENDARMERIA

Organizó las de *Traiguen*, *Angol*, *Anjeles*, *Mulchen*, *Nacimiento* i *Temuco*, con un total de seiscientas plazas.

CABALLERÍA

<i>Escuadron Collipulli</i> (de Lanceros)	de 200 plazas.
» <i>Malleco</i>	de 200 »
<i>Tercer Escuadron de Carabineros de Yungai</i> , organizado en Temuco	de 200 »
<i>Escuadron Nueva Imperial</i>	de 200 »
» <i>Temuco</i>	de 200 »
» <i>Quilapan</i>	de 200 »

I por último el *Escuadron Húsares de la Frontera*, del cual era comandante él mismo señor Aldunate.

Este cuerpo, como los anteriores, constaba de doscientas plazas.

Una compañía de sesenta pontoneros para resguardo de los puentes del ferro-carril i líneas telegráficas de las provincias de Bio-Bio y Molleco.

Además mandó cuarenta hombres escojidos que sirvieron en la policía de Santiago.

De entre los soldados del *Batallon Tomé*, sacó veinte marineros que formaron parte de la tripulación de las torpederas *Condell* i *Lynch* i que fueron los que con gran entusiasmo se batieron en Caldera i echaron a pique al *Blanco*.

Tenemos, pues, un total de *ocho mil trescientos ochenta soldados* (8,380) que en ménos de un mes fueron organizados i antes de dos, repartidos en todo el país desde Tarapacá hasta Ancud.

No podía ménos, pues, el Presidente de la República que llamar a su lado a un hombre dotado como el señor Aldunate de tan brillantes prendas. La cartera de Relaciones Exteriores, Culto i Colonización fué desempeñada por el íntegro Majistrado en los difíciles momentos de esa época, con el tino i acierto que honran hoi su memoria. En aquellos tiempos en que era preciso poseer un caudal considerable de inteligencia i diplomacia, no es fácil concebir la estensa labor que le cupo desempeñar al intelijente Ministro.

Ademas de ser hombre de acción i de carácter, el señor Aldunate fué un escritor correcto y elegante. Multitud de memorias, estatutos y proyectos de sociedades industriales i comerciales salieron de los puntos de su bien cortada pluma.

Don Caupolican Villota

(De la *Corona de Gloria*, por Arellano Vecorat)

Don Caupolican Villota nació en Santiago el 22 de Junio de 1851, i fueron sus padres don Pedro Villota i la distinguida señora Mercedes Prieto, e hizo sus estudios preliminares en el Instituto Nacional i en la Escuela Militar. En 1871 obtuvo un empleo espectralable en la Contaduría Mayor de la Moneda, empleo que abandonó en 1879 para tomar las armas contra el Perú i Bolivia coaligados, partiendo, al efecto, en calidad de Alférez del Rejimiento núm 2 de Artillería.

Hizo toda la Campaña del Pacífico i se encontró en todos los combates, siendo repetidamente felicitado por su intelijencia i ejemplar comportamiento.

Terminada la sangrienta epopeya, tornó al suelo patrio como capitán de Ejército, quedando desde entónces en calidad de ayudante de campo del benemérito Jeneral Velásquez.

En las postrimerías de la revolución que tanta sangre i tanta ignominia ha costado a Chile, partió a Coquimbo como ayudante de don Manuel María Aldunate, siendo Sargento Mayor de Ejército i Teniente Coronel de Guardias Nacionales, empleo que obtuvo en 14 de Marzo de 1891

Su papel durante toda la campaña fué manifiestamente pasivo pues declarado el triunfo revolucionario sin haberse batido en parte alguna, se unió a Aldunate cuando éste regresaba a Combarbalá viniendo al frente de la Caballería.

Don Luis Alberto Garin

(De *El Martirio de un Leal*, por Arellano Yacorat)

La primera edicion de este folleto fué consumida por las llamas en el saqueo e incendio del diario independiente «La República», el 16 de Diciembre de 1892.

Cúpole la suerte de encontrarse en casi todas las batallas que se libraron durante aquella luminosa epopeya, (la Guerra del Pacífico) que tan inmarcesibles glorias diera a nuestra patria.

Entre otras acciones distinguidas, podemos mencionar la batalla de Huamachuco i las de Chorrillos i Miraflores, en las cuales combatió al enemigo con tal denuedo, serenidad i sin par bravura, que fué felicitado por todos sus jefes i en particular por su comandante (hoi pasado) Alberto Novoa Gormáz.

.....

Balmaceda, con esa perspicacia que le era característica, fijó sus miradas en el joven Garin, i creyendo encontrar en él la persona que necesitaba para desempeñar tan espinoso cometido, le nombró en el acto Jefe de la espedicion. (El autor se refiere al transporte de armas, municiones i gruesa suma de dinero para pago de tropas, desde Santiago a Copiapó).

.....

Desempeñaba este hijo de Marte el último puesto que se le habia conferido, con la sinceridad i disciplina acostumbradas, cuando uno de sus jefes gerárgicos, asolapado individuo que, como otros muchos, recibió ascensos y consiguió rastreramente obtener la confianza del Gobierno, hasta llegar mediante su hipocresía, a un alto puesto, fué tan osado, que propuso al comandante Garin se pasase a la causa revolucionaria, ofreciéndole en premio, las treinta viles monedas que sirvieran para comprar a tanto Judas chileno.

Pero en el noble espíritu de Garin no cabía tamaña infamia, i reprimiéndose apenas, respondió airado á aquel mal chileno: que silenciaba por esa vez semejante insolencia, para darle un ejemplo de fidelidad i en vista de que le hablaba confidencialmente; pero que tuviera buen cuidado de volver en lo sucesivo a hacerle tales propuestas, porque entónces no respondería de las consecuencias.

.....

El ministro Aldunate envió al mismo tiempo (desde Cata-pilco) al sargento mayor del regimiento «Coquimbo», señor Fuentes, en calidad de parlamentario, a Quillota.

En este lugar dicho jefe fué recibido con varios agasajos de parte de varios miembros de la Junta Revolucionaria, entre los cuales figuraba Joaquin Walker Martinez.

Estos señores le prometieron toda clase de garantías i le agregaron que, como era costumbre en las luchas empeñadas entre hermanos, todo agravio había terminado, desde que habían obtenido la victoria.

.....

Miéntas el sargento mayor señor Oyarzún conducía la tropa desde la Estacion (Quillota) al lugar que había designado como alojamiento, el comandante Garin, confiado e indefenso, se dirigia al hotel en busca de hospedaje, cuando Carlos Valdivieso Tagle (el mismo que, sargento mayor despues, es hoy gobernador de un Departamento del Sur en pago de sus útiles servicios de Quillota) se aproximó a saludarlo, y despues de imponerse con solicitud del lugar a donde se dirigia, le repuso: que por nada permitiría que un su amigo i antiguo compañero de armas se fuera al Hotel ántes de pasar a refrescarse al comedor de su cuartel, lugar donde serían mejor servidos que en cualquiera otra parte.

Garin no tuvo inconveniente en aceptar a Valdivieso Tagle, tan atenta, aunque, por esos días, extraña invitacion, i se dirigieron conversando amigablemente hasta dicho cuartel; pero en el acto que hubieron penetrado al pasadizo, Valdivieso se volvió, ordenando a los soldados que cubrían la guardia de precaucion, que llevaran a Garin a un calabozo i le remachasen una barra de grillos.

Estas órdenes fueron obedecidas perentoriamente, i el noble vencedor de Chorrillos y Miraflores fué aherrojado sin consideracion alguna a sus glorias, i sin que fueran escuchadas por el cobarde aprehensor las protestas del nuevo Nazareno, a quien acababa de dar el beso infame de Judas.

.....

El 6 de setiembre se acercó al Gobernador José Antonio Echeverría (jefe de uno de los cuerpos constitucionistas) un

caballero de esa localidad, pretendiendo abogar en favor de Garin; pero Echeverría suspendió en el acto la visita con los siguientes términos: «Para ahorrar palabras, diré a Vd. que hoy mismo será fusilado ese bandido, y otros mas.»

Se refiere también que el mismo Gobernador i Mariano Necochea Rodríguez, hicieron a Garin la siguiente salvaje propuesta:

—«Elije entre ser afrentado para toda tu vida, muti lándote, ó bien ser fusilado», le dijeron.

—«Ustedes muy bien saben que jamás me he dejado vejar de nadie... pueden fusilarme», contestó.

Han relatado también varios testigos presenciales, que la noche anterior a la del asesinato el gobernador militar Echeverría dijo á su segundo Necochea:

—«¿Qué hubo de Garin?»

—«Ya le he dicho que es necesario deshacerse de él.»

—«Que mañana quede, pues, todo arreglado!»

El varonil guerrero debía terminar, hasta en sus últimos instantes, con la frente erguida i no doblegar su cerviz ante los orgullosos vencedores.

Se le vendó la vista, i al sentir este nuevo ultraje, recobró por última vez las fuerzas i su energía, i arrancándose con dignidad el degradante trapo, lo arrojó iracundo al rostro de uno de sus victimarios, exclamando:

—«A un valiente no se le venda la vista. Apunten bien i pronto, asesinos!»

El mayor Necochea cumplió sin chistar la depresiva orden, olvidándose, así, de sus deberes i olvidando los antecedentes de sus mayores.

Cuando hubieron saciado en parte el odio feroz que les dominaba, dejando al infortunado Mártir reducido a tal condición que solo era una masa informe e inconocible (el autor se refiere a golpes que le infirieron en el cuartel) lo sacaron moribundo a un corral, para hacer el simulacro de fusilarlo, haciéndole una descarga.

Por un impulso natural, fácil de concebir en el cariñoso corazón de una madre, quiso hacerse cargo del cadáver de su hijo i traerlo a Santiago; pero se le prohibió aun hasta la satisfacción de verlo después de muerto.

La llave del Cementerio se encontraba en poder del gobernador Echeverría, quien, deseando ocultar a las miradas sus inocentes víctimas, tenía absolutamente prohibido su acceso a él.

El cadáver era arrojado a la fosa comun del Cementerio, confundiendo con los restos de las víctimas asesinadas en aquella época.

Necochea, en el Norte, ántes del triunfo de la revolucion, se complacía en martirizar i hacer sufrir torturas de todo género a los prisioneros políticos, hasta el extremo de hacerles arrojar agua hirviendo sobre la cara.

El antiguo coronel Necochea (prócer argentino), se dice, recibió orden de asesinar al ilustre Manuel Rodriguez, mártir de Tilti; pero el noble i austero soldado de la Patria viejo, rechazó indignado i con altivez la infamante orden, contestando que fusilaría a Rodriguez en la plaza pública i a las 12 del día, si se le mandaba; pero que jamás se convertiría en asesino alevé.

Garin llevaba la cantidad de **Setecientos pesos** el día que se aprisionó; sin embargo, ese dinero no ha sido habido hasta hoy por su familia.

La señora madre de Garin, recibió del señor Ricardo de la Cerda Dueñas, cuñado de Necochea, que reside en Limache, el reloj i la manta que pertenecieron á su hijo, i quien se los entrego, diciéndole : «**Esto pertenece a Vd.**»

«La República» del 20 de Julio de 1892, dando cuenta circunstanciada de un doloroso encuentro habido en la calle entre la madre de Garin i el asesino de su hijo, pone en boca de aquella, estas palabras:

—«**Asesinaste al hijo, miserable! ahora quieres atormentar a la madre - Vamos á la cárcel!** (Necochea pretendía arrastrarla a la cárcel por sus espresiones) **puede ser que tú quedes allí, asesino! - Cobarde!** si hubiera jueces dignos, no estarías en libertad. **Mariano Necochea! asesino de mi hijo Luis Garín!!** i estas ya no fueron palabras sino gritos desesperados o jemidos de un corazon en el paroxismo del dolor,

El teniente coronel Necochea, en vista de la actitud de todos los presentes le dijo:

—**¡Yo no he asesinado a su hijo, señora. No he hecho mas que cumplir una orden.**»

Las líneas precedentes, así como la participacion de los victimarios de Garin, han tenido amplia publicidad segun consta de diversos artículos de la prensa, i sin embargo no han sido contradichas

DOCUMENTOS

Exposicion de los hermanos del Ministro Sres. Carlos, Patricio i Pedro Aldunate S.

(Del *Ferrocarril* del 25 de Octubre de 1891.)

.....

«Por orden de Montt fueron éstos (Aldunate i Villota) conducidos á la escuela que servía de cuartel i colocados en una pieza con centinela de vista. Al mismo Steinwall le tocó cumplir esta comision.

Refieren que en estas u otras circunstancias Manuel Marfa preguntó por la suerte que le habia cabido a Garin, segundo jefe de los Húsares del Dictador, i se le contestó que habia sido fusilado. Efectivamente, segun numerosos testimonios, ese jefe fué fusilado sin forma de juicio en las caballerizas del cuartel de la calle de Pudeto, en Quillota.

De cuatro a cinco de la tarde los reos fueron llevados nuevamente a la estacion, en donde estaban preparados seis individuos de tropa i un sarjento montados i dos caballos ensillados para Aldunate i Villota.

Montt dió a Steinwall una orden que éste se negó a

aceptar. Steinwall ha referido a uno de nosotros que igual orden fué dada a dos jefes mas, quienes tambien rehusaron darle cumplimiento. Por fin, Carlos Valdivieso Tagle hizo subir a los presos en los caballos destinados al efecto i los llevó a presencia de muchas personas, por nn camino estraviado a una quebrada del fundo La Palmilla.

Una hora despues muchas personas del pueblo, que estaban pendientes de estos sucesos, vieron regresar al oficial i a los soldados, siendo portadores estos últimos de las mantas, botas i otras piezas del vestuario de los que hacia un momento habian llevado al lugar en que encontraron su tumba.

Tales son los cuadros mas importantes de la tragedia de que fué teatro la Calera el día 5 de Setiembre. Omitimos muchos detalles; pero como corolario de los hechos espuestos, reproducimos con lijeros comentarios el parte pasado al Ministerio por el gobernador Echeverría.

Hélo aquí:

«Quillota, Setiembre 6 de 1891.

Señor Ministro:

«Adjunto acompaño a US. el parte del señor comandante de caballería don César Montt, en que dá cuenta a esta Comandancia de Armas de los tristes acontecimientos sucedidos en la tarde de ayer, hechos bastante lamentables, pero inevitables dado el estado de desmoralizacion en que vienen los dispersos del Ejército Dictatorial.

»Debo prevenir a US. que la mayor partes de las tropas que llegan viene sin jefes, i no obedecen a los subalternos.

»Tambien incluyo a US. una carta nota que recibió esta Gobernacion del señor Aldunate.»

José Antonio Echeverría.

Escuadron Carabineros del Norte núm. 3.

«El 5 del actual fué por orden del Comandante de Armas a la Calera, con el fin de perseguir i desarmar a las tropas dispersas del Ejército del Dictador que cometian desórdenes i asesinatos.

»Llegado a Calera, supe que se traia preso entre muchos soldados a don Manuel María Aldunate i Caupolicán Villota. Tan pronto como llegaron a Calera, dispúsose que un oficial, un sarjento i dos soldados condujeran a Aldunate i Villota, para custodiarlos por tierra a Quillota, pues a esa hora no habia tren en qué conducirlos.

»En el camino se reunieron algunos dispersos, en su mayor parte armados. Llegado a la Palmilla, el ordenanza de Aldunate dijo a la tropa que su patron llevaba mucho dinero; que por culpa de él habian sufrido tanto i que era menester castigarlo. El oficial marchaba a retaguardia sin preveer lo que podia suceder, i solo vino a darse cuenta cuando el sarjento

volvió a darle noticia que el señor Aldunate, que probablemente habian oído algo de lo que sus tropas intentaban hacer, junto con Villota hufa precipitadamente por los cerros de la Palmilla i eran perseguidos por sus mismos soldados i dos de los nuestros. Esto sucedia a las seis treinta de la tarde, mas o ménos.

»Como no llevaban mas fuerza que el sarjento i dos soldados, pues éstos eran suficientes para custodiar dos reos, i tambien sin siquiera suponer que en el camino pudieran encontrar dispersos ébrios cometiendo toda clase de desórdenes.

»Impuesto de lo sucedido, mandé comisiones a recorrer el campo, encontrando al dia siguiente por la mañana los cadáveres de Aldunate i Villota completamente desnudos.

»Hasta hoi no se ha podido haber a ninguno de los autores de este crimen, pues, sin una constante vijilancia en todos los alrededores del departamento, tendremos que lamentar con mucha frecuencia sucesos de esta naturaleza, pues consta a todos que el valle está lleno de dispersos del Ejército de Coquimbo, i a pesar de las enérgicas medidas tomadas por V. S. no estará libre hasta algunos dias.

»Lamentando señor Comandante de Armas este accidente desgraciado i despues de las averiguaciones hechas por el suscrito, cumplo con el deber de dar cuenta a V. S. de lo sucedido en la tarde i noche de ayer.

«Dios guarde a US.

César Montt.

«En esta confusa relacion no se esplica:

1º Que no hubiera trenes para conducir a Aldunate i Villota habiendo permanecido éstos en la Calera desde las 9 1/2 a. m., hasta las 4 1/2 p. m., tiempo durante el cual pasaron por la estacion dos trenes para Valparaiso i dos para Santiago i estando un tren especial listo a disposicion del mayor Hernández;

2º Que los prisioneros fueran con ordenanzas;

3º Que hubiera dispersos armados del Ejército de Coquimbo en esos alrededores despues del desarme completo que se hizo en Catapilco i no habiendo visto ninguno de los vecinos del valle soldados dispersos de ese Ejército mas acá de la Cuesta del Melon;

4º Que, conocedor Echeverría de la inseguridad de los caminos mandara a los presos custodiados con solo dos soldados, un sarjento i un oficial a retaguardia;

5º Que estos dos soldados confraternizaran con los dispersos para matar a los prisioneros;

6º Que no haya podido ser habido ninguno de los autores del crimen, ni siquiera los dos soldados que confraternizaron con los dispersos;

7º Que el pueblo de Calera haya visto salir seis soldados, un

sarjento i un oficial, en vez de dos soldados, un sarjento i un oficial;

8° Que los soldados de la guardia volvieran con despojos a la Calera, etc., etc.

La impresion que estos sucesos tienen que dejar forzosamente en cualquier ánimo desprevenido es la de la existencia de un crimen premeditado. Para que la causa de la revolucion mas noble que ha visto la América no sea manchada, es menester que la responsabilidad atecte solo al verdadero culpable. La manera de contestar a los arjentinos no es ocultando el delito sino demostrando que en Chile se hace justicia por cara que a veces ésta sea.

No queremos abrir ni aceptamos polémica por la prensa; pero estamos dispuestos a manifestar los datos espuestos i muchos otros ante algun Tribunal que se ocupe sériamente en la investigacion de la verdad.

Santiago, 24 de Octubre de 1891.

CÁRLOS ALDUNATE, PATRICIO ALDUNATE, PEDRO E. ALDUNATE.

P. S.—Estas líneas pueden tener eco fuera del país, i por esto conviene que se sepa que nuestra actitud durante los ocho meses de la Dictadura fué francamente revolucionaria, hasta provocar persecuciones de Balmaceda. No nos inspira por consiguiente ningun sentimiento favorable a aquel réjimen funesto.»

Contestacion de Steinwall

«Quillota, Octubre 30 de 1891.

Señores Editores de *El Ferrocarril*:

Agradeceré a Uds., se sirvan publicar en su universalmente acreditado diario el remitido que les adjunto.

Con el único objeto de dejar en lo posible las cosas en su lugar, me tomo la libertad de molestarlos.

De Uds. Att. i S. S.

R. STEINWALL.

El Ferrocarril del Domingo 25 del actual publica un remitido en el cual se hace aseveraciones que comprometen mi persona, i como hombre honrado i soldado del Ejército Constitucional debo decir que:

Hago una formal protesta de todo lo que los señores Cárlos, Patricio i Pedro Aldunate refieren sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en el departamento de Quillota en los primeros dias de Setiembre.

Debo declarar en honor de la verdad que no fuí a Catapilco como lo aseguran estos señores, en consecuencia, no fuí custodio del señor Manuel María Aldunate; solo he acompañado a este señor desde Nogales hasta Calera, lugar en donde lo entregué con otro mas i ví que con cuidado era hospedado en una pieza del *Colejio* i en toda comunicacion. Despues de esto, no los volví a ver.

Tan pronto como los dejé en Calera, me volví a Nogales lugar en donde estaba destacado con diez hombres de mi cuerpo.

Tambien debo manifestar que no he recibido en absoluto órden alguna del señor Comandante Montt, como lo dicen estos señores, á quienes no conozco i tengo la certidumbre de que no he atravesado ni una sola palabra con ellos i mucho ménos, proporcionado datos que a mi juicio son esencialmente falsos.

Quede, pues, bien claro, que los señores Aldunate a fin de dar publicidad a lo que está muy léjos de ser la verdad, han buscado a otro teniente Steinwall i no a

ROBERTO STEINWALL,

Teniente del Regimiento 2° de línea Constitucional.

Contestacion de César Montt

«Señores Editores de *El Ferrocarril*:

Solo despues de publicado, me he impuesto de un remitido de los señores Aldunate Solar, que se registra en el número del veinticinco del pasado:

En ese comunicado se intenta echar sombras a mi conducta militar, i aunque los señores Aldunate Solar digan que no desean entrar en polémica, me creo, sin embargo, en el deber de

hacer algunas rectificaciones a su relacion; estas rectificaciones, por lo demas, serán las primeras i únicas que yo haga en este asunto.

Conforme con lo que dicen los señores Aldunate Solar en su comunicado, llegué á Calera con el fin de perseguir i desarmar las fuerzas dispersas del Dictador. Allí me fueron entregados los señores Aldunate y Villota. Los hice poner detenidos en una pieza de la Escuela, encargando al oficial de guardia les pusiera un centinela, pero comunicados. Luego avisé a Quillota que se encontraban esos señores allí y se me contestó que los enviara a esa ciudad en el primer tren o por tierra si inmediatamente no lo habia. Pasó la hora del tren de pasajeros ántes de recibir la orden i ordené que marcharan por tierra.

No tengo noticia de que se prohibiera a los prisioneros hablar con nadie, pues como dejo dicho, no habia dado orden de que se les mantuviera incomunicados. Es bien extraño que habiendo habido dos caballeros que deseaban hablar con los prisioneros no me hubiesen reclamado al ver que no se les permitia. Tampoco he tenido noticias de que los prisioneros hubieran deseado escribir i no se les permitiese. Léjos de esto, el mayor Villota, a quien conocia i con quien hablé me dijo que tenia en dinero como quinientos pesos de su propiedad, que pensaba enviar a su madre, que era mui pobre, con una persona que habia allí de su confianza, que no me nombró. Tambien me dijo Villota que Aldunate llevaba unos documentos en comprobacion de una cantidad de dinero que habia sacado de no recuerdo que oficina, el cual casi en su totalidad lo habia entregado a Stephan (un ladron segun me dijo), quien habia desaparecido llevándose. No tengo noticia respecto á los tres mil quinientos pesos que dicen los señores Aldunate Solar entregó su hermano, ni antecedente alguno sobre la forma de la entrega. Es, pues, completamente falso que lo haya interrumpido con expresiones descorteses o groseras.

Es falso tambien que yo haya dado órdenes a dos oficiales, que los señores Aldunate Solar no nombran, i que estos oficiales se negaran a cumplirlas. Con afirmaciones como éstas se va mui léjos i por ello me abstengo aun de calificarlas.

Por lo que hace al parte que pasé á la Comandancia de Armas de Quillota, no tengo ahora qué decir sino que es la relacion neta de las averiguaciones que hice entónces i a la que se refiere el mismo parte.

Los señores Aldunate Solar, lo llaman confusa relacion, de la cual no se explica varios puntos que señalan.

Esos puntos son para mí mui claros, i así pues:

1º No hubo mas tren que el de pasajeros u ordinario que pasa mas o ménos a las dos de la tarde; miéntras yo esperaba la contestacion al aviso que habia dado a Quillota, de tener a los dos prisioneros en mi poder, el tren pasó. Yo no podia quedar

a cargo de ellos porque no habria podido llenar el objeto de mi viaje que era la persecución de los dispersos. En cuanto al tren especial que hubo ese dia estaba en Quillota descargando el equipo i armamento de las tropas que habian sido desarmadas.

2º No he dicho que Aldunate fuera, cuando lo remití á Quillota, acompañado con su ordenanza ni mucho ménos con soldados dispersos de la dictadura; recojí sencillamente la version que se me dió de andar el asistente entre los dispersos.

3º Es raro que ahora quiera sostenerse que entónces no hubo soldados armados i dispersos infestando los caminos, cuando su persecucion fué el objeto de mi viaje a Calera i para dejar proseguirla libremente se me ordenó el envió de los prisioneros, i despues en repetidas ocasiones por órden de la misma Comandancia de Armas de Quillota he enviado tropa en persecucion de dispersos.

4º, 5º i 6º. Yo no pude suponer en aquel momento que la osadía de los dispersos llegara hasta reunirse en grupos cerca de las poblaciones i por esto no dí a los prisioneros sino la custodia á que me refiero en mi parte. Por lo que respecta a la desaparicion de los soldados no es tan extraña, pues es comun aun en los que observan por largos años la conducta mas regular, que deserten cuando temen un castigo por culpas que ellos no han podido evitar.

7º La custodia que llevó a los prisioneros no fué sino lo que digo en el parte, a pesar de la afirmacion de los señores Aldunate Solar, que invocan para contradecirme el testimonio de los *vecinos* de La Calera, sin nombrarlos.

Finalmente, en comprobacion de lo que dejo expuesto en la relacion injénua de la verdad de lo sucedido, acompaño la carta i remitido del teniente don Roberto Steinwall, con cuyo testimonio han querido los señores Aldunate Solar autorizar sus afirmaciones.

Es bien duro, despues de una larga campaña, llena de sacrificios, en la que he tenido el dolor de perder a un hermano, Eduardo Montt, brutalmente fusilado despues de la batalla de Huaras, por órden de los jefes dictatoriales, encontrarse con acusaciones que hieren una reputacion jamas mancillada i para la mantencion de la cual no habria creido necesario descender a contestar las gratuitas imputaciones de los señores Aldunate Solar, sino hubiese visto que no solo mi honor de caballero i de antiguo militar, sino el del Ejército que derrocó a la Dictadura se hallaba comprometido en esas imputaciones.

El papel de Intendente i de Ministro de Estado que le cupo desempeñar a don Manuel Maria Aldunate durante la luctuosa Dictadura hace que las circunstancias casuales de su muerte puedan ser explotadas con malevolencia, así como ya lo han sido las circunstancias muchísimo mas casuales todavía, i no

por esto menos ciertas, del fallecimiento de los señores Allende, Rojas y Contardo. Si por desgracia estos tres caballeros hubiesen sido reducidos a prision en esos dias i hubiesen fallecido en un calabozo, la Excma. Junta o la causa de la revolucion triunfante tendrían hoy encima una negra acusacion, descansando en la circunstancia casi inverosímil de que tres personas tan comprometidas en la Dictadura i que no eran ancianos ni achacosos fallecieran casi a un mismo tiempo. I la prueba de que tal acusacion habria sido lanzada entre nosotros, la tenemos en los artículos de la prensa argentina a que aluden los mismos señores Aldunate Solar.

Quillota, Noviembre 2 de 1891.»

CÉSAR MONTT.

